

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO

AÑO IV.

MADRID.—Martes 8 de Julio de 1873.

NÚM. 1,037.

CRÓNICA PARLAMENTARIA.

Importantisíma fué también la sesión de ayer.

El Sr. García Ruiz, verdadero democrata y verdadero republicano, pronunció un gran discurso, nutrido de doctrina, en que resplandeció la consecuencia del hombre público, la franqueza y una erudición poco común.

El Sr. García Ruiz rectificó noblemente algunos de los errores en que antes había incurrido. Esto enaltece su carácter.

En el Sr. García Ruiz, que es hombre de estudio y de ciencia, ha habido cierto cambio propio de la edad y de la práctica en el mundo: se ha hecho severo é imparcial; se ha calmado un poco con el tiempo, y sin degenerar en la doctrina, tiene la severidad de juicio que dan los años y los experimentos.

El orador censuró la persecución que se hace al clero y a las religiones, y rectificó con oportunidad alguna interrupción malévola que se le hizo en el curso de su peroración.

Mostró cumplidamente que la república federal es un imposible, coincidiendo en esto con su paisano y adversario político el Sr. Esteban Collantes, y esta parte de su discurso fué inmejorable por lo razonada y profunda.

Esto nada tiene de particular. El Sr. García Ruiz ha meditado, estudiado y escrito mucho y bien sobre la materia: hablaba de un asunto que le era muy conocido: hablaba como hombre consumado, y si para hacer buenos discursos lo primero que se necesita es saber la materia objeto del debate, nadie negará, sin incurrir en injusticia, que el Sr. García Ruiz conoce como pocos la historia y la doctrina de los gobiernos republicanos. Sus censuras á este Gobierno fueron tremendas y merecidas, y dudamos que tengan contestación satisfactoria.

Habló también con acierto, impresionando á la Cámara, sobre la cuestión de orden público y sobre la disciplina del ejército. En esta parte demostró con ejemplos de los Estados Unidos, con ejemplos de generales españoles y con datos preciosos, que es preciso castigar la insurrección militar, y que sólo con castigos se puede frenar á los vándalos, que deshonran nuestra bandera y destruyen la patria.

Creo el Sr. García Ruiz que la república unitaria sería tan fuerte como las Pirámides de Egipto. Esto es entusiasmo y exageración. Nosotros hemos dicho que sería más duradera que la federal, porque esta, la reputamos como el Sr. García Ruiz, imponible.

¿Qué le parece al diputado por Astudillo de una república unitaria levantada en brazos de monárquicos, amadistas y cimbríos? Nosotros la tenemos por tan imponible como la federal. Recomendamos á nuestros lectores el discurso que brevemente hemos analizado, donde abundan las verdades, expuestas con serenidad y energía.

Hizo uso en seguida de la palabra, con pretexto de alusiones personales, el Sr. Labra; y aunque habló de la comisión permanente, de la cual formó parte, se remontó bien pronto á consideraciones generales de la mayor importancia.

Es el Sr. Labra uno de los oradores más fáciles, elegantes é instruidos de la actual Asamblea. Ya viene acreditado de las Cortes anteriores. Es una especialidad en las cuestiones económicas y coloniales.

En su discurso de ayer estuvo á la altura de su reputación, y se nos figura que superó á su justa fama. Dijo muchas verdades á los republicanos. Les presentó de relieve los sacrificios que han hecho todas las repúblicas de sangre y de dinero por mantener la integridad de la patria: que aquí no se predicaban más que economías disparatadas, que no hay patriotismo, y que es preciso hacer muchos sacrificios. Así se debe hablar á Gobiernos débiles y á pueblos oscuros.

Salíó por último á la palestra el Sr. Rubau Donadeu, haciendo una historia á su modo de los Gobiernos moderados y de la unión liberal. El Sr. Rubau Donadeu entretuvo agradablemente al Congreso con la historia de las conspiraciones de su partido, y con las tropelías que los Gobiernos anteriores han cometido con los reos confesos.

Hoy hablará el Sr. Castelar. Inútil es decir que hará un gran discurso, y que recibirá numerosos aplausos, porque el Sr. Castelar es un orador de primer orden.

La discusión va tomando cada día más vuelo. La república federal no puede salir con vida de esta prueba.

ORDEN Y REFORMAS

Con este título publicó ayer *La Igualdad* un artículo, cuyo objeto era demostrar la necesidad de que haya mucho orden, y al propio tiempo la necesidad de que se hagan muchas reformas. Para ello cuenta con la cooperación eficaz del llamado Centro independiente de la Asamblea y con que los diputados de la izquierda vuelvan á ocupar sus puestos, renunciando al retraimiento que acaban de adoptar.

No puede ser orden y reformas, tal como entienden estas dos palabras los republicanos, son ideas antitéticas; son dos cosas de imposible coexistencia. Por orden entiende *La Igualdad* «que todos los ciudadanos, cualquiera que sea su condición y categoría, bajen respetuosamente la cabeza ante la ley»; y como esa ley es la voluntad de los republicanos, que se han apoderado de la dirección suprema del país, y como esos republicanos nunca bajaron la cabeza ante la ley antigua, que era la de todos los españoles, no podrá haber verdadero orden mientras subsista la república, que es la imposición violenta de algunos á los más.

Por otra parte, aun dentro de la ley repu-

blica, los primeros que se niegan á bajar la cabeza son los mismos republicanos, como lo están demostrando Barcelona, Málaga, Cádiz, Sanfúcar, Jerez, Sevilla y otras poblaciones de Andalucía, y en Madrid el Centro republicano federal y la minoría intransigente del Congreso. Además de la resistencia pasiva de la gran mayoría de la Nación, está la resistencia activa de los republicanos, que no quieren, y para ellos asiste una gran razón, doblar la cabeza ante la voluntad de los que se han encaramado al poder. Es, por tanto, imposible el orden que pide *La Igualdad*.

Si lo es y no puede menos de serlo en absoluto, ha de serlo mucho más desde que se pretende armonizarlo con las reformas. Lo que se designa con este nombre, dista mucho de ser reformas, sino subversión completa de todo lo existente. Con lo que se llama reformas se vulneran todos los intereses sociales, se ofende los más sagrados intereses, se ataca de frente á cuanto constituye nuestra nacionalidad; en una palabra, se trastornan todos los fundamentos del orden y se hace éste imposible, y todavía se invoca el orden y juntamente se piden esas reformas!

¿Cuál es la causa del desorden que por todas partes se advierte desde la revolución, y con especialidad desde la proclamación de la república? Las llamadas reformas; el haber subvertido todo el orden que antes existía. Se halagó al soldado, diciendo que era un ciudadano libre y que no debía estar sometido á la ordenanza, y vinieron los sucesos de Barcelona y la desmoralización de todo el ejército de Cataluña, con las consecuencias que era fácil suponer. Se proclamaron doctrinas disolventes en el orden religioso y aumentó el desvío del clero; se mató todo estímulo de honra, al suprimir los títulos y condecoraciones, y aumentó el odio de ciertas clases; se trastornó todo el sistema de Hacienda, se aumentaron las contribuciones y al propio tiempo se dejaron de pagar las más perentorias obligaciones, haciéndose con ello más odiosa la república para los contribuyentes y para cuantos viven del crédito público: el malestar de las clases acomodadas refluía á las trabajadoras, que, excitadas por doctrinas que las halagaban, audieron y acuden al desorden, como medio de proporcionarse un fácil sustento ó un día de ganancia.

Las mismas reformas proyectadas y las ya realizadas tienen profundamente divididos y cada día más enconados á los federales, no sólo en teorías sino en hechos, defendiendo unos el retroceso ó la contención y otros el progreso ó avance indefinido, retirándose aquí del Congreso y pronunciándose otros en las principales poblaciones de Andalucía. ¿Se pretende que haya orden, persistiendo en las reformas, ó sea aumentando las causas del desorden?

En vano es que *La Igualdad* quiera complacer á todos, á los de la derecha y á los de la izquierda, y hacer compatibles dos cosas que se repelen: ó se quiere el orden, para lo cual es preciso renunciar á lo que se llama reformas; ó se quiere seguir con estas adelante, en cuyo caso hay que desistir de todo propósito de orden, y de toda esperanza de obtenerlo. Con una vela á San Miguel y otra al diablo, no se puede conseguir el milagro que se desea. El orden vendrá porque tiene que venir, mas no serán los republicanos los que lo establezcan.

LA CRISIS

Es fuerte cosa que no se nos ha de caer de los labios esta palabra, viéndonos obligados diariamente á decir y repetir que hay crisis, crisis eterna, perdurable, dado caso que la república pudiera ser perdurable y eterna.

Las crisis son á las situaciones políticas lo que á la piedra la gota de agua que acaba por taladrar las rocas más resistentes. ¿Qué habrá de sucederle pues á esta situación que nada tiene de roca ni de fuerza? Sugúmbir á fuerza de gotas de agua.

Que hay crisis es indudable. No lo dicen los oposicionistas, sino los mismos diputados adictos al Gobierno. Sólo que la crisis actual se complica; es la gota, no de agua, sino de una sustancia corrosiva, que ayuda poderosamente á la acción del triunfo.

La república, que nació ayer arrogante, está hoy ya en la decrepitud. A pesar de los afeites se notan las arrugas; su cuerpo se inclina en busca de la tumba. Esta vejez prematura es el resultado de una debilidad ingénita, que mina su existencia y seca la vida en sus entrañas. ¡Pobre república!

La verdad es que desde el 11 de Febrero en que murió la monarquía exótica, dando á luz á la república y legándole la fatal herencia de un mal constitutivo, asistimos, no al desenvolvimiento de sus facultades y al desarrollo de sus fuerzas, sino á una lenta agonía que mata en flor las risueñas esperanzas de la edad primera. Para colmo de desgracia, la criatura ha sido desgraciada en sus nodrizas; muchas la han amamantado sucesivamente, y todas, ó por vicio propio ó por la mala salud de la criatura, han contribuido á extenuarla. ¿Qué mucho, pues, que no se encuentre ya quien quiera y pueda darle la salud que necesita y busca en vano! ¿Qué extraño es que haya crisis constante de nodrizas para la república!

Figueras, Pi, Castelar, Chao, Sorni, Tutan, etcétera etcétera, todos han tenido que llevar sus servicios á otra parte por ser poco gratos al recién nacido y en consulta de doctores se acordó que el Sr. Pi, el Merlín de la situación se encargara de esta empresa. ¡Vanos esfuerzos! La criatura languidece, la vida se extingue, la palidez de la muerte invade su rostro.

Los doctores opinan ahora que Pi no es á propósito para el caso; que Salmerón debe encargarse de continuar la obra, y que Costa-

les, Suñer, y González están de más junto á la cuna, que son poco agradables al niño y que hay necesidad de darle otras niñeras. Caprichos infantiles y enfermizos que los médicos deben respetar, siquiera sea para hacer á la república menos amargos sus últimos instantes de vida. Así debe ser; délese gusto, pues que no saben ni pueden curar el mal, que es superior á su ciencia.

Parece que el niño tiene ahora capricho por un espadon y al momento se han echado á buscar por estos mundos quien tenga el juguete apetecido.

Damos, pues, publicidad á tan justos deseos, debiendo prevenir al que posea el objeto apetecido, que se sirva presentarlo en la casa mortuoria, donde se le dará un buen hallazgo.

¿En qué quedamos? ¿Es Castelar ó Salmerón la última esperanza de la república? Habrá que preguntárselo á los diputados que son fiesas paladinamente que el hombre de quien menos esperaban era Castelar, y que hoy se ha convertido en su última esperanza.

Por lo visto, en cuestión de esperanzas se hallan tan divididos los federales como en todo lo demás. Por nuestra parte no comprendemos que Salmerón ni Castelar puedan inspirar hoy gran confianza. Ambos son conocidos por sus actos en los ministerios de Justicia y Estado, y sabido es que en ellos no dieron gusto á los federales.

Consideramos el mal demasiado grave para que puede curarse con remedios tan suaves.

Reunieron el domingo los notables de la mayoría, bajo la presidencia del Sr. Salmerón, dominando en la reunión un recomendable espíritu de conciliación, que dará sus frutos si los intransigentes quieren.

La base propuesta por los notables, de acuerdo con la comisión de los siete, consiste en aceptar todas las reformas propuestas por la minoría, si esta ayuda á la mayoría en su propósito de hacer orden á todo trance.

Como se ve, es la base bastante ambigua en el sentido de que hasta hoy no se han planteado categóricamente las reformas apetecidas por aquella, ni sabemos hasta dónde podría llegar la mayoría en su afán de crear el orden. Podría suceder, pues, y nos parece lo más probable, que toda conciliación realizada en los actuales momentos entre las dos fracciones de la Cámara, quedara prendida con alfileres.

Ayer se reunió la comisión de los siete bajo la presidencia del Sr. Tutan, concretando sus trabajos á la conciliación entre mayoría y minoría y á la discusión de algunas reformas administrativas, reservando para mejor ocasión el examen de las políticas, que indudablemente han de dar lugar á empeñados debates.

Nos parece que los siete y la mayoría no cuentan con la hueste, y mientras se ocupan en discusiones ociosas, bien pudiera suceder que los turcos llegaran á las puertas de Constantinopla.

Circulaban anoche alarmantes rumores acerca de lo ocurrido en San Fernando.

Los voluntarios, decían, habían roto el fuego contra un batallón de marina, mientras la autoridad militar y la escasa guarnición de tropas del ejército permanecían impasibles, siguiendo en esto el ejemplo del capitán general interino y la guarnición de Granada, cuando el conflicto entre los voluntarios y los carabineros.

A pesar de que algún diario de anoche daba por restablecido el orden, si bien temía que pudiera reproducirse el alboroto, las noticias que oímos ayer tarde daban como cierto que á aquellas horas se estaban batiendo federales y marinos.

También parece que se temían graves disturbios en el Puerto de Santa María, Jerez y alguna otra población importante, cuya situación inspiraba temores.

Serios deben ser estos, pues á ellos se atribuye la formación del ejército destinado á operar en Andalucía á las órdenes del general Ripoll, que debió salir anoche de Madrid al frente de dos batallones y un escuadrón, para unirse á las tropas que evacuaron á Sevilla.

Además de estas fuerzas, añádase, que hoy saldrán otros batallones en la misma dirección, lo cual hace creer que esta salida no solo obedece á la necesidad de reforzar el nuevo ejército de Andalucía, sino al deseo de complacer á los voluntarios federales de Madrid que se dice han dado cuarenta y ocho horas de término al Gobierno para hacer salir á la guarnición, no faltando quien crea, que en todo el día de hoy no quedará un solo soldado en esta capital.

Esto se entiende si una modificación ministerial no hace variar por completo el aspecto de las cosas, que tanto pueden cambiar para mal como para peor.

La disposición relevando al general Ferrer del cargo de jefe de sección de artillería del ministerio de la Guerra, ha dado lugar á multitud de comentarios. ¿Podrán decirnos los diarios oficiales si ha entrado por alguna cosa en la citada medida, lo que se ha dicho de que el expresado general se entendía directamente con el presidente del poder ejecutivo en vez de hacerlo con el ministro de la Guerra?

Parece que sólo la artillería, si no toda, por lo menos una parte, quedará en Madrid con los voluntarios, en el probable caso de que el Gobierno, acceda á la exigencia de que la guarnición salga de esta capital.

¿Por qué tal excepción en favor de este cuerpo? Los federales lo sabrán. Nosotros lo sospechamos.

Un periódico republicano de veras, *El Pueblo*, dice lo siguiente, que merece leerse. Sobre todo, el segundo suelto, no tiene una palabra de desparpicio:

«Los pocos intransigentes que se atreven á arrostrar las iras del poder se reúnen secretamente para conspirar contra la federal de los benévolo. Los nuevos carbonarios parodian ridículamente á los que en tiempos de la Inquisición y de las persecuciones moderadas exponían sus vidas en secretos conciliabulos. ¡Y habrá infelices que tomen en serio y que anden asustados de su propia sombra! ¡Y habrá mentados que se tendrán por unos terribles conspiradores y que se crearán llamados á cumplir alguna gran misión en este mundo!»

A la federal estaba reservado dar espectáculos tan bufos. ¡Ahí es nada lo del ejército federal reunido en secreto para buscar los medios de que triunfe la federal, cuando la federal está proclamada y los federales mandan! Esto clama por un maestro que lo ponga en música.

Los federales intransigentes ¡horror! que en secreto se reúnen ¡horror! han nombrado un comité de salud pública ¡horror! que funciona hace días.

Desde los oscuros antros del jacobinismo federal va á salir el mejor día... la más ridícula mascarada que los siglos han visto.»

La falta de espacio nos impide insertar hoy el manifiesto que la junta del Centro parlamentario dirige á los diputados, y que publicó ayer *La Igualdad*.

Mañana lo reproduciremos.

Supone un colega que:

Las Constituyentes se hallan divididas en tres porciones de muy difícil ó imposible soldadura. Si creemos las noticias publicadas por varios de nuestros colegas, estamos á punto de presenciar el curioso y disolvente espectáculo de dos Congresos que funcionan al mismo tiempo, uno al lado de otro, dentro del mismo edificio. La izquierda retraída, después de haber nombrado su junta directiva, ha nombrado su mesa y sus comisiones, incluso una de Constitución, y se propone celebrar sesiones diarias en el mismo palacio de las Cortes.

La Correspondencia de España decía el sábado lo siguiente:

«Destinados por el gobernador civil de la Coruña para proteger el cobro de contribuciones en el distrito de Vimianzo un oficial y 25 guardias civiles, se alzaron en somates para resistir el pago, reuniéndose unos 400 á 500 hombres armados que atacaron á la fuerza pública en Barrios al grito de ¡viva el soldado! El oficial comandante se vio en la necesidad de mandarle fuego para resistir el ataque, resultando doce muertos y algunos heridos de los paisanos, sin que por parte de la fuerza pública hubiese más desgracia que la de un cabo lesionado.»

Esto, que se publica con la mayor naturalidad y sin dar la menor muestra de extrañeza y de horror, no puede menos de afligir á los que piensan seriamente sobre el estado de este desventurado país, que todavía se llama España. En los tiempos en que mandaban aquellos á quienes los hombres de la revolución llaman reaccionarios, y aun en los del Gobierno de Calomarde, para cobrar las contribuciones de los pueblos que retrasaban el pago, iba á lo sumo un comisionado con unos cuantos reales de dietas. Entonces había provincias enteras en que se cobraban los impuestos sin expedir un apremio, y si algún pueblo era moroso, bastaba, para que hiciera efectivos sus descubiertos, una carta recordatoria del gobernador.

Ahora, para cobrar las contribuciones, hay que sostener y se sostienen batallas, dejando muertos en el campo doce infelices contribuyentes.

¡Dichosa revolución, que nos ha traído á este salvajismo! Si no salimos pronto de un estado tan degradante y ridículo, España quedará borrada del mapa.

¿Si llegarán los pueblos á comprender alguna vez lo que son las épocas en que se habla mucho de libertad y de derechos?

Un despacho de Roma del 1.º, recibido por la vía de Marsella, dice que la sumisión presentada al Soberano Pontífice en nombre del clero de Alejandría (Piamonte) ha producido un excelente efecto.

El Consistorio anunciado se verificará tan luego como hayan terminado todos los procesos canónicos.

Su Santidad, que goza de perfecta salud, ha recibido numerosas personas de ambos mundos.

La crisis italiana continúa, por lo visto en su trabajo de elaboración. El Rey Víctor Manuel llegó al fin á Florencia, donde ha tenido varias conferencias con el Sr. Minghetti, y éste á su vez con algunos hombres políticos. Pero ahora tenemos que de las anteriormente celebradas con el Sr. Depretis, jefe reconocido de la izquierda, ha resultado que no hay medio de entenderse para formar un ministerio de conciliación.

Un despacho de Florencia anuncia que el general Ricotti fué recibido el 1.º del corriente por el Rey en presencia del Sr. Minghetti, siendo el objeto de esta conferencia averiguar el importe de los gastos militares.

El mismo despacho añade que el Sr. Maugeronato se niega á aceptar la cartera de Hacienda por consideraciones de familia.

La Nueva Roma dice que la citada cartera de Hacienda se ha ofrecido al conde de Cambray-Digny que ha puesto algunas condiciones para aceptarla.

La Italia dice que el Rey había llamado al conde de Cambray-Digny y al Sr. Peruzzi para consultarlos sobre la situación.

El Diritto cree que el Rey insiste en que los Sres. Minghetti y Depretis se pongan de acuerdo para formar Gabinete.

Del lenguaje de la prensa italiana se deduce que cualquiera que sea el ministerio que se forme con un color determinado, habrá forzadamente que recurrir á unas elecciones generales.

Mala es la situación actual de Italia para recurrir á este medio, que tanto excita las pasiones en los pueblos meridionales.

Un telegrama de sir Samuel, Balter el 29 de Junio, recibido en Alejandría de Egipto, anuncia su feliz llegada con todos los demás europeos á Khartoum.

Todo aquel país hasta el Ecuador ha sido anexionado al territorio egipcio, habiendo cesado todos los motines y todas las intrigas, así como suprimido completamente el tráfico de esclavos. Reina el orden más completo, y el país está perfectamente organizado y el camino abierto hasta Zanzibar. El río Elzaf es navegable; la victoria del 8 de Junio fué alcanzada por sólo 105 hombres contra el ejército de Onios; por tanto, afunde el despacho, la misión ha tenido un éxito completo.

La noticia de la constitución del nuevo ministerio español no ha hecho variar en París ni en poco ni en mucho la lastimosa opinión que se tiene de la situación de España. A unos nombres desconocidos, dice un diario de aquella capital, suceden otros más desconocidos todavía. No se necesita ahora para ser ministro ni conocer la administración, ni tener antecedentes, ni haber dado muestras de entender el ramo que se va á dirigir. Con ser federalista, como antes con ser radical, basta y sobra. Así la Nación se empobrece y se achica y agoniza. Las rentas bajan cada vez más; la indisciplina sube; no hay respetabilidad en los que mandan, y nadie les hace caso; las provincias hacen lo que les parece; el Tesoro está exhausto; y esos ministros que se creen serlo, no sirven más que para llamarse tales y cobrar los sueldos y tener las posiciones que ni merecen ni habían soñado nunca. De poco sirven esos cambios, hijos de las exigencias de unos cuantos que alborotan y atomizan á los Sr. Figueras y ahora al Sr. Pi. Mientras la situación de España no cambie en sentido del bien, todas esas modificaciones no producirán sino malos resultados.

El más célebre de los agitadores europeos, Karl Marx, jefe principal de los internacionalistas, se halla gravemente enfermo en Londres. Su alojamiento está sitiado continuamente por afiliados que van á enterarse del estado en que se encuentra.

Personas que recientemente han hablado con el cardenal Antonelli, han adquirido de sus labios la seguridad de que Pío IX no abandonará á Roma, á no ocurrir sucesos de tal manera extraordinarios en Italia que no es hoy fácil prever. Viviendo retirado en el Vaticano mientras no tenga otra solución la cuestión romana, no quiere alejarse del sepulcro de los Apóstoles. Todo además está previsto para el día de una desgracia, que por ahora no debe temer el mundo católico.

El Invidio Ruso publica los pormenores de la toma de Khiva. El 29 de Mayo, según el calendario griego, el general Kauffmann, después de derrotar las diversas columnas turcomanas y tomado todos los puntos que podían defender la capital de khanato, reunió sus fuerzas é impuso la rendición á Khiva. No se confirma que el khan se sometiese á las condiciones del vencedor, y siendo estas demasiado duras, ó queriendo sucumbir como Teodoro de Abisinia, ha podido escapar á Yomondorf para continuar la guerra santa.

El diputado gallego Sr. Moreno Barcia ha presentado á las Cortes una proposición pidiendo que se suprima el 2 por 100 establecido que grava la propiedad, el cultivo y la ganadería, así como las cedulas de empadronamiento ó vecindad.

Según el periódico noticiero, hasta el viernes lo más pronto, no presentará á las Cortes sus nuevos proyectos el ministro de Hacienda.

Antesyer por la mañana supieron las autoridades que se iban á repartir á los soldados unas proclamas subversivas, según se decía, y como medida de prevision se dispuso que los soldados estuvieran en los cuarteles, y que los oficiales ejercieran la conveniente vigilancia. Solo el batallón de Mendigorría, por razones particulares, salió con orden de sus jefes, y este mismo hecho dió ocasión á diversos comentarios.

Leemos en *La Correspondencia*: «Hoy se ha dicho en el salón de conferencias del Congreso, que al frente de los intransigentes de San Fernando había un conocido marino; pero no sabemos que la noticia sea cierta.»

Dice el *Guardian* de Gibraltar: «En la manifestación que tuvo lugar el domingo anterior en la Línea, nos llamó notablemente la atención el armamento de los voluntarios de la república; ofrecían estos un vistoso contraste con los individuos de tropa entre los que se hallaban formados.»

«Que lujosa variedad en las armas de los federales! Desde el trabuco nanarero hasta la espingarda marroquí, y desde la escopeta de chipsa hasta la carabina Berdan, tuvimos el gusto de observar cuantas armas se conocen, y aun creemos que había algunas por conocer, que no sabemos si traían su origen de la toma de Algeciras en tiempo de la batalla del Salado.»

Los internacionalistas de Sanlúcar parece que tratan de organizarse y plantear su sistema. Su bandera es la de guerra al «capital explotador; anarquía y liquidación social.»

Entre los anunciados nombramientos militares se cuenta el del Sr. Hidalgo para la capitania general de Puerto Rico; Pavía para la de Madrid; Burgos para las Provincias Vascongadas y Navarra, y Palacios para la de Granada.

Según los partes recibidos en la dirección de Correos y Telégrafos, antesyer llovió en Avila, Badojos, Burgos, Cuenca, Guadalejara y Soria.

Faltan los partes de muchas provincias por efecto de las tormentas.

SECCION OFICIAL

(Gaceta del domingo)

Por la presidencia del poder ejecutivo, se publican con fecha 5 de Julio los siguientes decretos:

Uno admitiendo la dimisión que el cargo de gobernador civil de la provincia de Granada ha presentado D. Ricardo López Vazquez, fundada en la incompatibilidad con el de diputado a Cortes para que ha sido elegido.

Otro nombrando gobernador civil de la provincia de Granada a D. Santiago López Moreno, que desempeña el mismo cargo en la de Málaga.

Otro admitiendo la dimisión que el cargo de gobernador civil de la provincia de Valladolid ha presentado D. José González Alegre y Alvarez, fundada en la incompatibilidad con el de diputado a Cortes para que ha sido elegido.

Otro nombrando gobernador civil de la provincia de Valladolid a D. Pedro Bernardo Orcasitas, alcalde presidente del Ayuntamiento de esta capital.

Otro admitiendo la dimisión que el cargo de gobernador civil de la provincia de Cuenca ha presentado D. Eugenio Litran.

Otro nombrando gobernador civil de la provincia de Cuenca a D. Miguel Lardiz.

Otro admitiendo la dimisión que el cargo de gobernador civil de la provincia de Lugo ha presentado D. Alejandro Querejeta, fundada en la incompatibilidad con el de diputado a Cortes para que ha sido elegido.

Otro nombrando gobernador civil de la provincia de Lugo a D. Rafael Ruasaldá y Cervera.

Otro admitiendo la dimisión que el cargo de gobernador civil de la provincia de Almería ha presentado D. Antonio del Val, fundada en la incompatibilidad con el de diputado a Cortes para que ha sido elegido.

Otro nombrando gobernador civil de la provincia de Almería a D. Antonio González Garvín.

Otro admitiendo la dimisión que el cargo de gobernador civil de la provincia de Albacete ha presentado D. Ramón Moreno, fundada en la incompatibilidad con el de diputado a Cortes para que ha sido elegido.

Otro nombrando gobernador civil de la provincia de Albacete a D. Pedro Isidro Miguel.

Otro admitiendo la dimisión que el cargo de gobernador civil de la provincia de Logroño ha presentado D. Juan José Soriano y Pradas, fundada en la incompatibilidad con el de diputado a Cortes para que ha sido elegido.

Otro nombrando gobernador civil de la provincia de Logroño a D. Faustino Méndez Cabeza.

Otro admitiendo la dimisión que el cargo de gobernador civil de la provincia de Castellón ha presentado D. José Anselmo Clavé, fundada en la incompatibilidad con el de diputado a Cortes para que ha sido elegido.

Otro nombrando gobernador civil de la provincia de Castellón a D. Juan José Soriano y Pradas.

Otro admitiendo la dimisión que el cargo de gobernador civil de la provincia de Llerda ha presentado D. Manuel Bes y Hediger, fundada en la incompatibilidad con el de diputado a Cortes para que ha sido elegido.

Otro nombrando gobernador civil de la provincia de Llerda a D. Pablo Nuñez Campoy.

Otro admitiendo la dimisión que el cargo de gobernador civil de la provincia de Salamanca ha presentado D. Basilio Santos Manso, fundada en la incompatibilidad con el de diputado a Cortes para que ha sido elegido.

Otro nombrando gobernador civil de la provincia de Salamanca a D. Lucas Guerra.

Otro admitiendo la dimisión que el cargo de gobernador civil de la provincia de Segovia ha presentado D. Ambrosio Jimeno, fundada en la incompatibilidad con el de diputado a Cortes para que ha sido elegido.

Otro nombrando gobernador civil de la provincia de Segovia a D. Antonio G. Buendía.

Por decretos del ministerio de Gracia y Justicia de 30 de Junio, se conmuta en destierro a 25 kilómetros del punto en que delinquiran el resto de la pena impuesta a Francisco Morales Beltrán y Vicente Molinero y González de dos años, cuatro meses y un día de prisión correccional por la Audiencia de Valladolid en causa sobre homicidio; a Victoriano Encinas de la tercera parte de la pena de cadena perpetua de cadena temporal, impuesta por la Audiencia de este territorio en causa sobre homicidio; y a Juan Pedro Soler y Ruiz del resto de la pena de nueve años de prisión mayor que le fué impuesta por la Audiencia de Albacete en causa sobre homicidio frustrado.

Por el ministerio de la Guerra, con fecha 5 de Julio, se expiden los siguientes decretos:

Se admite la dimisión del cargo de secretario general del ministerio de la Guerra al coronel de infantería D. Eduardo López Carra.

Se nombra director general del cuerpo de la Guardia civil al teniente general D. Mariano Socías del Fangar y Lledó.

Se nombra capitán general de Cataluña al teniente general D. Juan Acosta y Muñoz.

Se nombra capitán general de Valencia al mariscal de campo D. José García Velarde.

Se releva del cargo de general jefe de la sección de artillería del ministerio de la Guerra al mariscal de campo D. Félix Ferrer y Mora.

Se releva del cargo de gobernador militar de la provincia y plaza de Tarragona al brigadier D. Juan Cirlet y Espi.

Se releva del cargo de gobernador militar de la provincia y plaza de Gerona al brigadier D. José Cañabete y Cledera.

Se admite la dimisión que el cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la Guerra ha presentado el coronel de infantería D. Antonio Aguado y Balsa.

(Gaceta de ayer).

El periódico oficial publica los siguientes LEYES.

Las Cortes Constituyentes, en uso de su soberanía, decretan y sancionan lo siguiente:

Artículo 1.º Las letras sobre provincias y los pagares a cargo de la Tesorería Central, vencidos y que vanzan hasta fin de Julio próximo, se reanuda por el plazo de dos meses, deduciendo a los interesados pagares a cargo de capital, sin más gastos, a contar desde la fecha en que los tenedores se presenten a realizar la renovación respecto de los valores vencidos, y de los que no lo estén desde el día en que vanzan.

Art. 2.º Como garantía colectiva de los nuevos pagares, se constituirán en depósito en el Banco de España, a disposición del sindicato que se crea por el artículo siguiente, los valores que actualmente se hallan depositados en el mismo y en los demás establecimientos a que se refiere dicho artículo a favor de los diferentes interesados.

Art. 3.º Con objeto de acordar la mejor forma posible para la venta de los valores que sirven de garantías, en el caso de que haya necesidad de apelar a este último extremo, se crea un sindicato compuesto del ministro de Hacienda, como presidente; del gobernador, director o administrador de cada uno de los Bancos en que el Tesoro tiene depositadas las garantías; dos diputados a Cortes, dos consejeros del Banco de España, dos individuos nombrados por los acreedores de la Deuda flotante y del síndico del colegio de agentes de cambios de Madrid, que ejercerá las funciones de secretario.

Art. 4.º Desde la publicación de esta ley, el Banco de España y los demás establecimientos en cuyas cajas de han depositadas garantías del Tesoro no podrán entregar estas sino al sindicato que se crea por el artículo anterior; el cual, de acuerdo con el Gobierno, negociará dichos valores a fin de aplicar su importe al pago de vencimientos del Tesoro, entregando a este el sobrante que resulte.

Art. 5.º Si durante el período de dos meses de plazo el Tesoro se encontrara en condiciones de pagar el todo o parte del importe de los créditos renovados, el ministro de Hacienda procederá a su pago, prorrateando los intereses al tipo de 12 por 100 hasta el día de la liberación de los anticipos.

Lo tendrá entendido el poder ejecutivo para su impresión, publicación y cumplimiento.

Las Cortes Constituyentes, en uso de su soberanía, decretan lo siguiente:

Artículo 1.º Una comisión, compuesta de nueve

diputados, se encargará de los bienes que fueron del Patrimonio, con excepción de la Biblioteca y Archivo, y presentará en el más breve plazo a las Cortes un proyecto que determine el destino que dichos bienes deban tomar.

Art. 2.º El Gobierno dispondrá que los delegados que administran hoy aquellos bienes hagan entrega total a la comisión, quedando a sus órdenes para todos los informes, noticias y reclamaciones que pudieran tener lugar.

Lo tendrá entendido el poder ejecutivo para su impresión, publicación y cumplimiento.

Por el ministerio de la Guerra, se publican varios decretos:

Uno con fecha 5 de Julio, admitiendo la dimisión que el cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la Guerra, ha presentado el coronel de infantería D. Leonardo Carreras y Pérez.

Otro con igual fecha, admitiendo la dimisión que el cargo de oficial de la clase de primeros del ministerio de la Guerra, ha presentado el coronel de infantería D. Eduardo Fernández Bremon.

Otro con igual fecha, admitiendo la dimisión que el cargo de oficial de la clase de segundos, ha presentado el teniente coronel de infantería D. Manuel Montañá y Sánchez.

Otro con igual fecha, admitiendo la dimisión que el cargo de oficial de la clase de segundos, ha presentado el teniente coronel de infantería D. Julio Domingo Bazan.

Otro con igual fecha, admitiendo la dimisión que el cargo de oficial de la clase de segundos, ha presentado el teniente coronel de infantería D. Ricardo de los Ríos y Cillo.

Y otro, por último, con igual fecha, admitiendo la dimisión que el cargo de oficial de la clase de segundos, ha presentado el ayudante fiscal militar don Carlos Las Heras y Boldun.

Por el ministerio de Hacienda se publica una orden, fecha 3 de Mayo, declarando subsistente la carga de jurisdicción de 369 pesetas 18 céntimos a favor de D. José Marqués de Arce por el equivalente de las alcabalas de la silla de Jaratejo, provincia de Cáceres.

Por el ministerio de Fomento se publica una orden, fecha 2 del actual, aprobando la subasta de las obras para el ferrocarril de Monforte a Orense, declarándose adjudicada a D. Ramón Fernández Cuervo, vecino de Oviedo, por cesión de D. Eduardo Basave y Rodríguez.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS

(Agencia Fabra.)

PARIS 4.—El Consejo de Estado ha aprobado la derogación de las leyes sobre las primeras materias.

BRUSALLES 4.—La Asamblea discute el proyecto de ley sobre la Legión de Honor.

LONDRES 5.—El comité de la Bolsa ha acordado que no se corte el cupón de los títulos españoles vencido el 1.º de Julio, mientras no se anuncie oficialmente su pago.

El Shah de Persia ha salido hoy de Londres con dirección a París.

Ayer recibió el barón de Renter, concesionario del ferrocarril que ha de unir el mar Caspio con el golfo Pérsico. Aseguró al barón que podía contar con todo su apoyo y asistencia para llevar a cabo tan colossal empresa, así como para realizar los demás proyectos cuya exclusiva concesión le ha otorgado, encomendados a desarrollar la riqueza de Persia.

SAN PETERSBURGO 7.—El Khan de Khiva se ha rendido a discreción a las tropas rusas, acompañado de todos sus ministros.

VIENA 7.—Doña Isabel de Borbon ha llegado a Grita.

LONDRES 7 Julio.—En la Bolsa se han cotizado: Consolidados ingleses, a 92 3/4.

El exterior español, a 19 7/8.

DOCUMENTO PARLAMENTARIO

Discurso pronunciado por el Sr. D. Agustín Esteban Collantes, en la sesión de las Cortes Constituyentes, del día 5 del actual, tomado del Diario de las Sesiones.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Esteban Collantes tiene la palabra.

El Sr. ESTEBAN COLLANTES: Señores diputados, las personas que han discutido conmigo en otras Cortes, saben que yo tomo siempre las discusiones en el punto en que las encuentro; y en este concepto, yo he habido alegado infinito haber podido contestar inmediatamente, después de pronunciadas, a las palabras del elocuentísimo y elegante discurso del señor Castelar.

Yo me había propuesto tomar parte en una discusión sosegada, razonada, y que viniera naturalmente por sus términos ordinarios, por los términos en que han venido siempre estas discusiones en los dos Parlamentos, haya Rey o haya república. Al inaugurarse una legislatura, al inaugurarse una situación, y una situación tan grave como la presente, era de todo punto indispensable que así como el Gobierno provisional o el poder ejecutivo vino desde el primer día a presentar el mensaje a la Asamblea, la primera comisión que hubiera nombrado la Asamblea hubiera sido para contestar a ese mensaje; entonces hubiera venido natural, sosegada y por sus términos ordinarios la discusión política, y por sus términos ordinarios la discusión de las cuestiones que tienen relación con la estructura de esta Cámara y con el nacimiento de la república; no se ha hecho así, y ahora, en lugar de discutir el nacimiento, vamos a discutir el nacimiento, vamos a discutir la muerte de la república. El procedimiento que yo indico es el que la costumbre aconseja y la práctica sanciona en todos que se rigen por el sistema parlamentario; no se ha seguido, y ha sido preciso forzar la discusión, venir aquí un día y otro día a oír proyectos de ley desordenados e inconexos, a ver como cada diputado trae aquí el pensamiento que mejor le acomoda, sin que el Gobierno tome la iniciativa y sin que se discuta nada de provecho, para suscitarse al cabo de un mes esta discusión por medio de una interpelación, con un reglamento que no permite en las interpeleaciones más que el discurso del diputado que la explica, con un reglamento hecho por una Cámara liberal y republicana, y que es mucho más restrictivo que todos los reglamentos conocidos hasta el día.

Yo deseo, pues, anunciar a la Cámara todo aquello de que pienso ocuparme; no me propongo enredarla, y quiero que sepa desde luego cuáles son las cuestiones que voy a promover, cuáles las que voy a discutir y cuáles las que voy a resolver, con lo cual demostraré prácticamente la necesidad de que este, como todos los reglamentos, tuviera un artículo que dijera: «Todo diputado hablará de todo lo que quiera y cuanto quiera, siempre que la Cámara le escuche y lo consienta.» (Risas.)

Prescindo, pues, del reglamento que yo indico, y voy a procurar con mi prudencia habitual no meter la pata en la laguna más que lo preciso para sondearla; no la profundizaré ni la envenenaré.

Lo primero que necesito discutir aquí, por lo mismo que no tiene representación directa, por lo mismo que es nuestra hermana menor, es la opinión de la prensa periódica con relación a los diputados de la oposición conservadora que hemos venido a ocupar nuestro puesto; porque yo tengo la costumbre de contestar, no solo lo que aquí se dice, sino lo que se dice fuera de la grilla del Parlamento se discute por la prensa, siempre digna de respeto en todos los países constitucionales, y mucho más ahora en el nuestro; por eso le doy la preferencia; por eso lo primero de que me voy a ocupar brevemente, es la cuestión del retraimiento.

Después me ocuparé de la cuestión de la comisión permanente, sosteniendo la legalidad de los actos de esta comisión, que es vuestra madre, en cuyos brazos habéis venido vosotros a la vida.

Después me ocuparé en hacer ver cuál es la verdadera situación de la república, presentando a vuestra consideración el juicio más imparcial, procurando demostraros que es lo que pienso, lo que pienso de la demostración que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y luego, que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y mucho más ahora en el nuestro; por eso le doy la preferencia; por eso lo primero de que me voy a ocupar brevemente, es la cuestión del retraimiento.

Después me ocuparé de la cuestión de la comisión permanente, sosteniendo la legalidad de los actos de esta comisión, que es vuestra madre, en cuyos brazos habéis venido vosotros a la vida.

Después me ocuparé en hacer ver cuál es la verdadera situación de la república, presentando a vuestra consideración el juicio más imparcial, procurando demostraros que es lo que pienso, lo que pienso de la demostración que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y luego, que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y mucho más ahora en el nuestro; por eso le doy la preferencia; por eso lo primero de que me voy a ocupar brevemente, es la cuestión del retraimiento.

Después me ocuparé de la cuestión de la comisión permanente, sosteniendo la legalidad de los actos de esta comisión, que es vuestra madre, en cuyos brazos habéis venido vosotros a la vida.

Después me ocuparé en hacer ver cuál es la verdadera situación de la república, presentando a vuestra consideración el juicio más imparcial, procurando demostraros que es lo que pienso, lo que pienso de la demostración que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y luego, que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y mucho más ahora en el nuestro; por eso le doy la preferencia; por eso lo primero de que me voy a ocupar brevemente, es la cuestión del retraimiento.

Después me ocuparé de la cuestión de la comisión permanente, sosteniendo la legalidad de los actos de esta comisión, que es vuestra madre, en cuyos brazos habéis venido vosotros a la vida.

Después me ocuparé en hacer ver cuál es la verdadera situación de la república, presentando a vuestra consideración el juicio más imparcial, procurando demostraros que es lo que pienso, lo que pienso de la demostración que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y luego, que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y mucho más ahora en el nuestro; por eso le doy la preferencia; por eso lo primero de que me voy a ocupar brevemente, es la cuestión del retraimiento.

Después me ocuparé de la cuestión de la comisión permanente, sosteniendo la legalidad de los actos de esta comisión, que es vuestra madre, en cuyos brazos habéis venido vosotros a la vida.

Después me ocuparé en hacer ver cuál es la verdadera situación de la república, presentando a vuestra consideración el juicio más imparcial, procurando demostraros que es lo que pienso, lo que pienso de la demostración que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y luego, que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y mucho más ahora en el nuestro; por eso le doy la preferencia; por eso lo primero de que me voy a ocupar brevemente, es la cuestión del retraimiento.

Después me ocuparé de la cuestión de la comisión permanente, sosteniendo la legalidad de los actos de esta comisión, que es vuestra madre, en cuyos brazos habéis venido vosotros a la vida.

Después me ocuparé en hacer ver cuál es la verdadera situación de la república, presentando a vuestra consideración el juicio más imparcial, procurando demostraros que es lo que pienso, lo que pienso de la demostración que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y luego, que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y mucho más ahora en el nuestro; por eso le doy la preferencia; por eso lo primero de que me voy a ocupar brevemente, es la cuestión del retraimiento.

Después me ocuparé de la cuestión de la comisión permanente, sosteniendo la legalidad de los actos de esta comisión, que es vuestra madre, en cuyos brazos habéis venido vosotros a la vida.

Después me ocuparé en hacer ver cuál es la verdadera situación de la república, presentando a vuestra consideración el juicio más imparcial, procurando demostraros que es lo que pienso, lo que pienso de la demostración que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y luego, que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y mucho más ahora en el nuestro; por eso le doy la preferencia; por eso lo primero de que me voy a ocupar brevemente, es la cuestión del retraimiento.

Después me ocuparé de la cuestión de la comisión permanente, sosteniendo la legalidad de los actos de esta comisión, que es vuestra madre, en cuyos brazos habéis venido vosotros a la vida.

Después me ocuparé en hacer ver cuál es la verdadera situación de la república, presentando a vuestra consideración el juicio más imparcial, procurando demostraros que es lo que pienso, lo que pienso de la demostración que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y luego, que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y mucho más ahora en el nuestro; por eso le doy la preferencia; por eso lo primero de que me voy a ocupar brevemente, es la cuestión del retraimiento.

Después me ocuparé de la cuestión de la comisión permanente, sosteniendo la legalidad de los actos de esta comisión, que es vuestra madre, en cuyos brazos habéis venido vosotros a la vida.

Después me ocuparé en hacer ver cuál es la verdadera situación de la república, presentando a vuestra consideración el juicio más imparcial, procurando demostraros que es lo que pienso, lo que pienso de la demostración que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y luego, que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y mucho más ahora en el nuestro; por eso le doy la preferencia; por eso lo primero de que me voy a ocupar brevemente, es la cuestión del retraimiento.

Después me ocuparé de la cuestión de la comisión permanente, sosteniendo la legalidad de los actos de esta comisión, que es vuestra madre, en cuyos brazos habéis venido vosotros a la vida.

Después me ocuparé en hacer ver cuál es la verdadera situación de la república, presentando a vuestra consideración el juicio más imparcial, procurando demostraros que es lo que pienso, lo que pienso de la demostración que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y luego, que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y mucho más ahora en el nuestro; por eso le doy la preferencia; por eso lo primero de que me voy a ocupar brevemente, es la cuestión del retraimiento.

Después me ocuparé de la cuestión de la comisión permanente, sosteniendo la legalidad de los actos de esta comisión, que es vuestra madre, en cuyos brazos habéis venido vosotros a la vida.

Después me ocuparé en hacer ver cuál es la verdadera situación de la república, presentando a vuestra consideración el juicio más imparcial, procurando demostraros que es lo que pienso, lo que pienso de la demostración que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y luego, que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y mucho más ahora en el nuestro; por eso le doy la preferencia; por eso lo primero de que me voy a ocupar brevemente, es la cuestión del retraimiento.

Después me ocuparé de la cuestión de la comisión permanente, sosteniendo la legalidad de los actos de esta comisión, que es vuestra madre, en cuyos brazos habéis venido vosotros a la vida.

Después me ocuparé en hacer ver cuál es la verdadera situación de la república, presentando a vuestra consideración el juicio más imparcial, procurando demostraros que es lo que pienso, lo que pienso de la demostración que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y luego, que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y mucho más ahora en el nuestro; por eso le doy la preferencia; por eso lo primero de que me voy a ocupar brevemente, es la cuestión del retraimiento.

Después me ocuparé de la cuestión de la comisión permanente, sosteniendo la legalidad de los actos de esta comisión, que es vuestra madre, en cuyos brazos habéis venido vosotros a la vida.

Después me ocuparé en hacer ver cuál es la verdadera situación de la república, presentando a vuestra consideración el juicio más imparcial, procurando demostraros que es lo que pienso, lo que pienso de la demostración que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y luego, que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y mucho más ahora en el nuestro; por eso le doy la preferencia; por eso lo primero de que me voy a ocupar brevemente, es la cuestión del retraimiento.

Después me ocuparé de la cuestión de la comisión permanente, sosteniendo la legalidad de los actos de esta comisión, que es vuestra madre, en cuyos brazos habéis venido vosotros a la vida.

Después me ocuparé en hacer ver cuál es la verdadera situación de la república, presentando a vuestra consideración el juicio más imparcial, procurando demostraros que es lo que pienso, lo que pienso de la demostración que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y luego, que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y mucho más ahora en el nuestro; por eso le doy la preferencia; por eso lo primero de que me voy a ocupar brevemente, es la cuestión del retraimiento.

Después me ocuparé de la cuestión de la comisión permanente, sosteniendo la legalidad de los actos de esta comisión, que es vuestra madre, en cuyos brazos habéis venido vosotros a la vida.

Después me ocuparé en hacer ver cuál es la verdadera situación de la república, presentando a vuestra consideración el juicio más imparcial, procurando demostraros que es lo que pienso, lo que pienso de la demostración que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y luego, que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y mucho más ahora en el nuestro; por eso le doy la preferencia; por eso lo primero de que me voy a ocupar brevemente, es la cuestión del retraimiento.

Después me ocuparé de la cuestión de la comisión permanente, sosteniendo la legalidad de los actos de esta comisión, que es vuestra madre, en cuyos brazos habéis venido vosotros a la vida.

Después me ocuparé en hacer ver cuál es la verdadera situación de la república, presentando a vuestra consideración el juicio más imparcial, procurando demostraros que es lo que pienso, lo que pienso de la demostración que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y luego, que es lo que pienso de lo que pienso de la república, y mucho más ahora en el nuestro; por eso le doy la preferencia; por eso lo primero de que me voy a ocupar brevemente, es la cuestión del retraimiento.

He de procurar en las menos palabras posibles desenvolver las tesis que he anunciado. Mi situación para esto es sumamente llana, fácil y desahogada; yo me encuentro en la misma situación en que me encuentro en las tres legislaturas anteriores; yo no reconozco la legalidad de la Constitución de 1812; después de 1809, no reconozco la Constitución de 1812; por consiguiente, con el mismo derecho, con la misma razón con que mi partido me ha elegido en las tres legislaturas anteriores, con el mismo perfecto derecho estoy aquí discutiendo con vosotros que sois republicanos, como antes con los radicales, o con las demás fracciones insensatas que se me dijera a mí que no viniera aquí, porque esto equivale a reconocer vuestra legalidad, cuando yo no reconozco ninguna; sería además insensato decir que no debo venir aquí, porque esto es unirse, porque eso no lo puedo yo ni nadie. Para unirse sería preciso el poder del mismo Dios. Dios sólo puede unirse, porque cada uno tiene una Constitución en la cabeza, cada uno tiene una república federal en la cabeza y un Gobierno distinto, y pasiones diferentes e intereses contrarios y diversos, sosteniendo ideas contradictorias y que se repelen.

Esas ideas, señores, no son nuevas en la humanidad; son tan antiguas como el mundo. Ya en el siglo III de la era cristiana, con motivo de la propagación del cristianismo, en Egipto y África se conocieron sus socialistas: ya en el siglo XVI y el XVII con motivo de la gran revolución religiosa de Alemania, con motivo también de la revolución inglesa, de carácter político, y con motivo después de la revolución francesa de 1789, en todas aquellas épocas ha habido sus socialistas, sus federalistas y hombres que sueñan con reformar la sociedad como ellos quieren, pero que no lo han conseguido nunca, ni vosotros tampoco lo conseguiréis. Hay otra clase de movimientos de progreso realizables, pero las utopías, ya sea en lo económico en lo social y político, han resultado siempre verdaderas extravagancias; sus autores han caído en el mayor descrédito y ridículo. (Risas.) Eso de querer como quieren algunos que los pobres sean ricos, y que se quite a los ricos lo que tienen es tan antiguo, señores, como lo es la envidia, y como el hombre y la humanidad. Eso no se ha conseguido hasta ahora ni se conseguirá jamás. Ya lo discutiremos más detenidamente.

Resulta, pues, que yo no fallo ni a la fe de mi partido, ni a mis compromisos políticos, ni a otro orden de compromisos, habiéndome presentado como candidato para las elecciones que se verificaron para estas Cortes Constituyentes. Yo he hecho por mi parte, porque soy considerado con mis amigos y con los que están cerca de mí todo género de concesiones posibles y he razonado cuanto he podido; pero desde el momento en que se provocan y suscitan en la Asamblea cuestiones importantes, yo con arreglo a la inteligencia que tengo, sea poca o mucha, voy a discutir con vosotros. No he provocado estos debates, pero no huyo, y así como yo he venido aquí, con arreglo a lo que me he comprometido, yo no me voy a retirar, como en los que dicen que no debe venir a este sitio porque se reconoce entonces la legalidad, y sin embargo presentan sus actas. En primer lugar, señores diputados, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al acudir a este juicio, pues no así decirlo, hay que reconocer la legalidad externa; y no hay otro medio; porque si mañana me llama a mí un juez de primera instancia, tendré que concurrir, o si he celebrado una escritura pública con una persona cualquiera y me cita a juicio, yo al

no, convocar nuevamente la Asamblea, hubiera podido hacerlo por sí y ante sí, no el 23 de Abril, sino el 21, y hubiera vencido, puesto que la ley terminantemente dice que ella por sí sola podía reunir la Asamblea en circunstancias extraordinarias.

Yo sostengo que la ley en la mano que la comisión permanente podía haberse reunido sin el Gobierno, y haber acordado la reunión de la Asamblea. Yo sostengo que la comisión permanente, la que podía decidir y resolver si las circunstancias eran extraordinarias o normales, y si la comisión hubiera usado de tales esp. facultades y no hubiera guardado tantas consideraciones con el poder, la comisión hubiera triunfado, y la Asamblea se hubiera reunido. En lugar de estas consideraciones, y en lugar de esta conducta, que hubiera sido más o menos circunspecta, pero que hubiera sido legal, el Gobierno se hace árbitro de la cuestión; increpa y acusa a la comisión permanente, se convierte en su juez, y la disuelve, y además se convierte en legislador absoluto, y declara que las circunstancias no son extraordinarias, y que, confundiéndolo a la declaración, y declara que no son circunstancias extraordinarias aquellas en que el país se encuentra en guerra civil, con el ejército disuelto, con la mayor parte de las poblaciones sublevadas, la autoridad sin crédito y sin respeto, y la Nación entera sin agitación en la anarquía. El derecho de la comisión, pues, es evidente, y la violencia del Gobierno, es evidente, y la comisión, sin planear, la cuestión y no se funda para asegurar que aquella comisión no podía por sí misma reunir nuevamente la Asamblea. Yo espero que me digáis en qué podéis fundaros para negar esto que yo os digo. La comisión, sin contar con nadie, podía haber reunido a la Asamblea, y si llamó al Gobierno, si lo citó con ocho días de anticipación, si tuvo paciencia por espacio de cuatro semanas, en cuyo tiempo no pudo discutir nada, ¿por qué habría y que estaba conspirando? ¡Ah, señores! Si en la comisión hubiera habido conspiración, no estaríais vosotros aquí, ó los que dirigían aquella conspiración habrían dañado a las pruebas de gran ignorancia y torpeza. Y se me figura que no son torpes ni ignorantes a los que acusáis.

Es necesario meditar sobre las cosas para conocerlas como son en sí. El conflicto vino provocado por el Gobierno; pero el resultado es que la comisión permanente, la que está en la defensa, a aceptar su responsabilidad, y a decir que lo que habéis hecho es dar un golpe de Estado, ni más ni menos que lo que se hizo en 1854, cuando yo era ministro; ni más ni menos que lo que hizo en 1856 el general O'Donnell cuando aquí estabais vosotros ó vuestros amigos.

Hay alguno que dude de que la legalidad exista en mi antes del movimiento de 1854. Yo era ministro constitucional de Doña Isabel II. Aquel fue un movimiento de fuerza, del cual se derivó otro, y la fuerza y la violencia son las que nos han traído a la revolución y a la anarquía, sin que yo ahora quiera echar la culpa a nadie, ni volver la vista atrás. ¿Y la legalidad? Se dirá. Señores diputados, la legalidad en estos tiempos se conquista después, ó viene por sí sola. El método es muy sencillo: se da un golpe de Estado, se derrota al Gobierno, se forma un Gobierno provisional, con juntas ó sin ellas se constituyen nuevas Diputaciones y Ayuntamientos, se hacen las elecciones como una seda, se trae mayoría, y luego llueven coronas cívicas y aplausos, certificados de héroes, de ilustres, y de otras cosas. Esta es la legalidad. ¿Conoceis otra? Desde 1854 acá no ha habido más origen de legalidad que la fuerza, y así no debéis ofenderos de que os diga: «sois un Gobierno de hecho». Esto hay que decirlo, y se sabe que es el derecho y donde está el hecho: el derecho está en mí, el hecho está en vosotros. La comisión permanente representa el derecho y su disolución por el Gobierno fue un golpe de Estado. Pero hay otra cosa más grave todavía.

En la noche del 23 tuvieron lugar sucesos, cuyos detalles, sumamente importantes, he reservado para el último, para que la Cámara y el país conozcan lo que entonces ocurrió. Habíase empezado a discutir acerca de una hora, pero en la noche no se tardó en suceder lo que os digo, en la noche de españoles: primero, estando citados a la una, hasta las dos no estuvieron reunidos los que debían asistir; segundo que no hay nadie que se crea dispensado de pedir la palabra y manifestar su opinión, y de volver a pedir para rectificar y decir el señor tal me ha entendido mal, y en fin, en todas esas generalidades, se perdió tiempo y no se aprobó proposición alguna. A las dos de la noche, el capitán general diciendo que estaba la tropa sobre las armas, y que había síntomas de insurrección. Los señores ministros pidieron a la comisión permanente permiso para retirarse, y pidieron y obtuvieron que no se acordase nada hasta que volviese el Gobierno. Estuvimos reunidos hasta las dos de la mañana. Los ministros no volvieron, es decir, volvieron a salvar la vida de muchos individuos de la comisión permanente, pero no a discutir ni a tomar ninguna determinación; volvieron con el decreto de disolución, y no se acordaron del compromiso contraído. Nosotros mantuvimos nuestro acuerdo y nuestra palabra; no adoptamos resolución alguna aguardando al poder ejecutivo.

Oficéisme volver y tomar una resolución; la resolución fue por este edificio rodeado é invadido por las turbas. Yo me aproximé al Sr. Romero Ortiz y le dije: ¿qué le parece a Vd. esto? A mí me parece, dijo, que nos van a tirar por las ventanas. Le contesté: yo me voy a tirar por las ventanas por algo que interesa a mi partido, pero no en este caso, porque si triunfan unos ó otros me he de hallar en el mismo estado, en la oposición. Dije al Sr. Calá si me acompañaba a mi casa, y me acompañó; y cinco minutos después no podía entrar nadie en esta casa. ¡El señor Calá! ¡Vid la palabra! Yo estuve aquí hasta las dos menos cuarto de la madrugada, si bien no me hallaba en los últimos momentos en que estuvo el señor Castelar y otros personas, porque tuve la precaución de marcharme antes; no me habéis mandado a la cárcel, habéis estado invitando a lo más mínimo mi causa y la de mi partido. En fin, hee cuanto pude hacer. Sostuve hasta el fin la discusión con el Sr. Marín, reducida a los siguientes términos: yo decía: protestar, resolver, ¡hebre! Yo estoy dispuesto a firmar y a redactar una protesta. El Sr. Marín decía: no os habeis comprometido con el poder ejecutivo a no tomar acuerdo alguno hasta que vuelva a este sitio, lo cual envolvía la obligación de que el Gobierno tenía que volver. Así estuvimos desde las nueve de la noche hasta las dos de la mañana, sin que nadie me hablase. El Gobierno no llegaba, a pesar de haberme llamado dos veces por el teléfono. Los que cercaban el edificio eran los de las gorras encarnadas, y las voces que se oían no eran muy tranquilizadoras. Los individuos de la comisión se vieron amenazados y expuestos gravemente, por haber sido esclavos de su palabra y de su deber, y se salvaron como pudieron y con algunas dificultades que conocen mejor que yo los señores ministros.

Referidos a los hechos pasados, con exactitud y verdad, y dispuesto ya a rectificar cualquier error de hecho ó de concepto en que haya podido incurrir involuntariamente, sostengo nuevamente que la comisión permanente es la legalidad que ha sido la prudencia; que no ha faltado a la ley: que ha guardado al Gobierno todo género de consideraciones; que ha tenido derecho para convocar a la antigua Asamblea, y que no era el Gobierno, sino la comisión permanente, la que debía decidir y resolver si las circunstancias eran normales ó extraordinarias. Así y todo, la comisión ha tenido la desgracia de que hasta sus mismos partidarios la hayan censurado, sin conocer que no ha consistido en ella el éxito de los sucesos de 23 de Abril. (El señor Sorní pide la palabra. Heo, no parte de la tribuna en la comisión; he seguido los mandatos de la mayoría de la Asamblea; tenía este el derecho y la razón, y he sostenido el derecho y la justicia.)

Pasemos ya a examinar lo que es la república: lo que ha debido ser la república; lo que ha prometido; lo que ha ejecutado; como es considerada la república por las Naciones de Europa; cómo es considerada en nuestro propio país. En una palabra, consideremos a la república con relación a su política interior y con relación a su política exterior. Antes de desvanecer rápidamente un argumento que se me ha hecho otras veces, y al contestarlo plantee al mismo tiempo y establezca un tribunal superior é imparcial para resolver sobre la bondad ó la maldad de vuestra república, apelando en última a la opinión de la Europa.

Se dice de mí que obro y discuto con pasión; que obro y discuto por espíritu de partido; que soy enemigo irreconciliable de la revolución de Setiembre; Señores, este es un error, y os he de convencer con pocas palabras. Yo discuto y combato por una causa que creo noble y justa. Yo discuto y combato en favor de unas doctrinas que creo las únicas buenas para la salvación de mi patria. Si atendiera sólo a mi interés personal, ¿no concebiría yo que debía estar satisfecho de la revolución de Setiembre? ¿Pues si parece que la revolución de Setiembre se ha hecho para mí y en provecho mío? Yo he recibido de los partidos revolucionarios y de las Cámaras revolucionarias todo género de consideraciones personales. No ha habido acto político, comisión importante, prueba de deferencia personal que yo no haya recibido de todas las Cortes después de la revolución. Yo no tengo, pues, más que muestras de agradecimiento personal, y esto prueba cuán arraigado está en mí el sentimiento del deber, permaneciendo como debo en la misma línea de conducta que me truce desde el primer día, y que quizá otros no hubieran seguido.

No obro, pues, como enemigo; obro como convencido. Pero en fin, suponiendo que aquí se juzgue con parcialidad y con pasión, supongo que no os creéis motivos para decir que en Europa se os juzga también por espíritu de partido y apasionadamente.

Vamos, pues, el juicio de Europa con relación a vuestra república. En el exterior; el Gobierno actual no ha sido reconocido por ninguna potencia, siendo así que los gobiernos de Europa son hoy tan fáciles, que han reconocido inmediatamente a los gobiernos de hecho y a todas las usurpaciones del derecho.

Si nos retroceder a épocas lejanas, de ayer, de nuestros días, en Francia hemos conocido república, dictaduras, imperio, gobierno provisional, república otra vez. La Europa lo ha reconocido todo.

En Italia han sido destronados príncipes y Reyes, se ha destruido casi por completo la organización antigua; han pasado territorios de una Nación a otra. Se ha destronado al Papa de su poder temporal que es la más grande iniquidad que se ha cometido. Se ha proclamado la política de las grandes nacionalidades contra la política de equilibrio europeo; se han proyectado confederaciones La Europa lo ha aprobado todo.

En Alemania se han consumado las mayores usurpaciones. Príncipes y Reyes han sido destronados; pueblos enteros han sido invadidos por la fuerza. La unidad de Alemania se ha llevado a efecto sin contar para nada con el sufragio universal. Milan y Venecia pertenecen a Italia. La Alsacia y la Lorena pertenecen a Alemania. La Europa lo ha sancionado, lo ha reconocido todo.

Si alguno vete se ha opuesto contra todas las opiniones dominantes, ha sido en contra de España. Inglaterra ha protestado siempre que no permitiría la unión de España con Portugal. Inglaterra ha sostenido la humillación de la desmembración de Dinamarca en la cuestión de los Ducados, y sólo es ahora contra nosotros, porque nos cree débiles y sumidos en el estúpido de la anarquía.

En resumen, en todos los pueblos de Europa ha dominado la revolución; ha dominado el derecho de la fuerza; ha dominado la arbitrariedad; han prevalecido los Gobiernos de hecho contra los Gobiernos de derecho. La Europa lo ha reconocido todo, lo ha sancionado todo; usurpaciones, destronamientos, invasiones, resultados de la guerra, resultados de la fuerza.

Lo único que no reconoce, lo único que no admite, lo único que no sanciona, es la república española, porque esto no es república, porque esto es la anarquía, porque en lugar de un estado libre é independiente, mejor ó peor administrado, que es lo que vosotros habéis encontrado y de lo que os habéis posesionado, vais a hacer de España, no una república como pretendéis, a semejanza de la de Suiza ó la de los Estados Unidos; no una república suiza como la de Francia de 1848, sino como la de Francia actual, pero ni siquiera como la república de la primera revolución francesa. En las ideas, en la organización en que pensáis, vais a desmembrar un Estado unido, que es la mayor de las locuras; vais a destruir la obra de nuestra nacionalidad; y de nuestras glorias; vais a destruir la obra que nos costó tantos siglos en construir. No sirve que lo neguéis. Esa misma negación prueba que vuestros proyectos son detestables; porque si fueran buenos y patrióticos, los defenderíais y no los negaríais. Pretendeis que las aguas corran hacia arriba; y como vais contra las opiniones de toda Europa, toda Europa las rechaza.

Dos cosas repúblicas os han reconocido. La de los Estados Unidos para subyugarlos, y la de Suiza para degenerar de sus ideas de libertad sólo por vuestro contacto. La república suiza comete un acto de villanía, de arbitrariedad y de barbarie, expulsando de su territorio a la señora duquesa de Madrid, que aunque hubiera querido, no hubiera podido en Suiza proteger la causa de su esposo, porque la falta dinero; que con dinero hubiera encontrado suizos que se hubieran alistado en la causa carlista y que la hubieran servido como sirven los suizos.

Sobre este punto de la política exterior no cabe la menor duda. Vuestra república es una excepción en la Europa civilizada. Se ha establecido un cordón sanitario en los Pirineos, y el mundo civilizado nos tiene por pestes.

La prueba es categórica y concluyente. Grecia, Constantinopla, Portugal, los Ducados danubianos, están muy por encima de nuestro nivel a los ojos del mundo.

Si España estuviera colocada geográficamente en una situación parecida a la de Polonia, nadie pensaría en una intervención extranjera, en que realmente nadie piensa por razones todas humillantes: lo que hubiera sucedido es que la Europa se hubiera servido de nuestros despojos, como se repartió los de Polonia.

Sobre lo que son las repúblicas de los Estados Unidos y de Suiza, ya oíreis al Sr. Castelar, ya oíreis a mi amigo; compañero y paisano el Sr. García Ruiz, que explicará algo mejor que yo y que entiende algo mejor que vosotros lo que es una república bien ordenada.

Estamos, pues, aislados en medio de Europa, y en una situación verdaderamente excepcional y deplorable. ¿No os importa? Pues entonces para qué os acordáis de la república? ¿Para qué os acordáis de esos carritos hacia los Gobiernos extranjeros que tanto os desdichan?

¿No os importa? Pues, a qué si os hubiera reconocido la Europa, lo alegraréis como uno de vuestros primeros méritos y nos lo lanzaréis al rostro como una falta de patriotismo? Esto prueba que la consideración de Europa importa, cuando se tiene en por y es un gran daño cuando se tiene en contra; y esto es tan obvio y natural, que no necesita de más explicación.

Tendríais un consuelo, un respiro, una satisfacción si pudieseis probar por medio de una buena situación interior, que la maldad de Europa era caprichosa é irracional, y podría importarnos poco si la España estuviera contenta.

Examinemos, pues, brevemente y como el caso exige, nuestra situación interior. Reconozco desde luego, y esto os probará una vez más mi buena fe, que estábamos muy distantes de una situación reconocible cuando fue proclamada la república. No todas las situaciones que se han sucedido desde 1868, han empujado al estado de país, y todas le han empujado porque no han podido cumplir ninguna de las promesas que se habían hecho desde la oposición; y cuando alguna vez, impulsados los Gobiernos revolucionarios por el propio cor y por la propia conveniencia, querían introducir alguna reforma de aquellas a que estaban comprometidos, era a costa del principio de autoridad, del principio conservador; las reformas se hacían mal y fuera de razón; y producían el efecto contrario, producían la agravación del mal estado político.

No es, pues, completamente responsable el Gobierno de la república de la situación que estáis en. Lo es, sí, el Gobierno que presentó la última ley de reemplazos, que yo combatí energicamente, y el Gobierno que disolvió con torpeza y con violencia al brillante cuerpo de artillería; y no es justo acumular responsabilidades sobre el Gobierno de la república, que bastante tiene con aquellas en que ha incurrido.

No era, pues, satisfactoria la situación política y la situación económica del país; pero, francamente, en estos últimos tres meses, la situación se ha hecho desesperada, imposible. La república no puede vivir, porque la república infunde miedo en lugar de inspirar amor y entusiasmo.

Porque ha conmovido todos los intereses y todas las bases sobre que descansa la sociedad; porque arruina en lugar de mejorar; porque trastorna en lugar de edificar; porque no protege los intereses antiguos, y no sabe crear otros nuevos.

La república, por último, no ha cumplido ni cumplirá nada de lo que ofrece.

En Hacienda, pretende derogar los impuestos antiguos, y no inventa nada nuevo que cubra las obligaciones del Estado, que sea práctico y razonable.

En Guerra, disuelve el ejército y no tiene voluntarios, los que tiene sería mucho mejor que no se hubieran alistado.

Teme al ejército antiguo, y el nuevo la arruina y no la da paz.

En una palabra, la república ha instrumentado ópticos sin cristales. Los que tienen buenos ojos, les estorba el aparato, y a los que tienen mala la vista, no les sirven de nada.

Esta es la república. Es rudimentario y de buen sentido en las monarquías, en las repúblicas, en cualquiera clase de Gobierno, no intentar reforma alguna que no tenga por base la justicia. Esta es la primera condición esencial en toda reforma que no respete los derechos adquiridos. Lo demás es la confusión, prohibida en todos los pueblos cultos.

Bien sé que no habéis encontrado recursos, y que cuando se estableció la república la situación era bien deplorable, lo cual tampoco es imputable a los que profesan la opinión que yo sostengo; pero podíais haber hecho algo, haber reformado algo, haber tomado algunas de las medidas que habéis prometido desde la oposición; pero citad un solo hecho, que se levante un ministro que diga: «en mi departamento, existe una rama donde hay más crédito que antes, donde hay paz, donde hay dinero, donde se despacha con regularidad». Estoy seguro que no lo puede decir.

Cuando los ministros se levantan a tomar la palabra, lo hacen como desesperados siempre; y para hablar contra su partido, para decir que sus correligionarios no les dejan en paz, que les piden destinos, y que así no pueden gobernar; pero para poder decir que un ramo de la administración se encuentra bien, estoy seguro que no os habéis levantado, ni os levantaréis en la vida.

Y si no, diga el señor ministro de la Guerra si está contento con el estado del ejército. Yo creo que no; y si lo estuviera me parece que sería el único. ¿Creéis que vosotros, con las doctrinas que habéis profesado y que profesáis, podréis tener ejército? De ninguna manera. ¿No veis que os empeñáis en hacer azúcar con quina, y eso es imposible? No puede haber ejército, y lo dije cuando traté de la ley de reemplazos. Si Sr. Navarro se acordara: no puede haber ejército sin la ordenanza actual, poco más ó menos, porque comprendo que debe modificarse en algunos puntos, pero no en el fondo: sin cinco años de servicio obligatorio, sin quintas y sin poder establecer la sustitución personal. Sin eso no podéis tener ejército nunca. Lo habéis intentado con los francos y ya habéis visto también el resultado.

¿Y qué sucede ahora? Se presentan constantemente proyectos para reorganizar el ejército, esto es, para reorganizar lo que no existe, lo que no puede existir, lo que habéis estado maltratando toda vuestra vida, porque los ejércitos permanentes en lo antiguo han perseguido a los republicanos toda su vida, y tenéis odio al ejército, por vuestros recuerdos. El ejército voluntario está completamente en contra de la naturaleza de las cosas. A un país se le puede torturar, se le puede destruir, pero nunca se puede establecer una cosa que sea contraria a sus condiciones esenciales y características.

En suma: no tenemos aliados, ni ejército, ni marina, ni caminos, ni construcción, ni paz, ni libertad, ni partidos disciplinados. Nadie está contento. La república no tiene en su favor, ni las clases, ni el pueblo.

Esta es nuestra situación interior. Pero se dice: hemos pasado de una forma a otra de Gobierno, sin conmociones profundas, sin trastornos como los que han sufrido otras Naciones en circunstancias semejantes, sin peligros personales, sin sangre.

Supongo que todo esto es cierto; pero en lugar de ser vuestra disculpa, es vuestra acusación más formidable; porque por lo mismo habéis debido ser más sumisos a la ley que os dió nacimiento; por lo mismo habéis podido desearos con más descanzo y sosiego a hacer reformas verdaderas, porque los Gobiernos de otras repúblicas que han nacido entre el estruendo de los combates, y después de luchas sangrientas, dicen como disculpa de no cumplir sus ofertas, lo que han dicho muchas veces los progresistas de España. ¿Cómo hemos de cumplir nuestras promesas, cómo hemos de introducir mejoras en la administración, si venimos al poder después de una revolución, y lo primero que tenemos que hacer es introducir la paz en la sociedad, y sosiego en los ánimos?

Y luego, ¿qué queráis? ¿Venir como habéis venido tranquilamente a la igualdad de ninguna especie, al estado de calma que debíais haber obtenido, y luego haber cometido todo género de violencias?

No tenéis, pues, la menor disculpa; y no sirve de disculpa como el Sr. Castelar, orden, orden, porque cuando se han predicado ciertas doctrinas, el resultado es siempre anarquía, anarquía, anarquía.

El partido republicano no ha observado en el poder uno solo de sus principios; no ha practicado una sola de sus doctrinas; no ha hecho ninguno de los deberes que le habéis impuesto, porque todavía el país tiene bastante buena suerte para conocer que la república ha venido en tiempos azarosos en que había guerra civil, en que la Hacienda se hallaba en mal estado, pero que con las reformas que se van a introducir, con las reformas que se intentan, estos males van a desaparecer. Pero como las reformas no se intentan, ni se pueden ejecutar vuestros principios, resulta que cada vez vamos de mal en peor; porque la república es la negación de todo Gobierno.

Al como yo la entiendo, una cosa: viene el Gobierno y propone medidas extraordinarias; a mí no me gustan las medidas extraordinarias; pero para gobernar con medidas extraordinarias, estaría yo mucho mejor en el banco de los ministros que los señores republicanos, porque ese es mi sistema; con otra circunstancia. A mí me maravilla en el talento, en la práctica, y en la formalidad del Sr. Pi y Margall que diga S. S.: ¿qué queráis que ustedes, que yo gobernara en un estado de paz, lo mismo que en un estado de guerra? Pues la ley, la guerra, la paz, la guerra, la paz, la guerra, la paz, como en tiempo de guerra; en tiempo de paz, como en tiempo de paz. ¿Pues qué queráis ustedes, la política de ley; la política siempre de la ley, y con la ley. Si señor, esa queríamos, eso que remos, eso exigimos, y eso está obligado a ejecutar el Sr. Pi y Margall y sus compañeros; para eso se llaman republicanos.

Para hacer dos políticas distintas, una en tiempo de paz y otra en tiempo de guerra, para eso bastan los moderados, y no había necesidad de haber perturbado al país y de haber pervertido con ciertas ideas que yo os he llamado moderados; que por eso se nos llama ecléticos y hasta ecléticos. (Risas de aprobación.)

Cuando hay paz, ¿quién se ha de meter con los ciudadanos? Sería menester ser un Nerón. Cuando está perfectamente tranquilo un país, se obedece a la ley, se pagan las contribuciones, y el ejército no se insubordina, sería menester repetir, ser un Nerón para maltratar a los ciudadanos.

Pero cuando hay sospechas, síntomas, anuncios, preludios claros, inminentes, de conspiraciones, de guerra civil, ó de otra perturbación, el partido moderado es el que debe reprimir y reprimir, y en vez de diferencia el partido moderado del republicano, y por eso hay moderados tan pertinaces. Yo llevo treinta años en esta casa, y no he conocido una sola vez un ministro progresista ni republicano que practique en el poder sus principios.

La célebre frase de «es preciso cubrir la estatua de la ley con un velo», la pronunció el general Estanero en el año 41. Pues bien; para cubrir con un velo la estatua de la ley en días difíciles, para eso estoy yo (Risas). El general Infante, siendo ministro de la Gobernación, el primer que recogió y suprimió periódicos de real orden, sin embargo de que la Constitución decía que todo español podía publicar libremente sus ideas. Y yo puedo reprimir los desmanes de la prensa, porque tengo una ley de imprenta en cuya virtud no se permite atacar lo que

tiene relación con el Rey, con la moral pública ó con la religión; y esto lo digo públicamente. Y nadie se extrañará, por ejemplo, que mañana que vuelva al poder el partido moderado establezca un Gobierno constitucional y represivo; yo creo que habrá adelantado algo, porque después de lo que se ha hecho, algo hay que aprender, sin salirse de los principios fundamentales.

Siendo presidente del Consejo de ministros don Ramon María Narváez (en el último ministerio, en el cual le sorprendió la muerte para desgracia de España; siendo el general Narváez presidente del Consejo y yo diputado lo de la mayoría, decía yo estas palabras en este mismo sitio (es de advertir que yo pasaba en aquella Cámara por uno de los más liberales), decía yo:

«Hubo una época, no lejana, en que cada vez que se promovía esta discusión, se salía al momento con un argumento de cierta fuerza. Los Gobiernos constitucionales, se decía, fuera de la Inglaterra, que es un país excepcional, fuera de los Estados Unidos, que es un país excepcional, no los hay más que en Bélgica, Portugal y España, pueblos insignificantes; pero en los grandes pueblos, en los pueblos de donde arranca la civilización, no hay más que Gobiernos absolutos.

Ahí está la Prusia, ahí está la Austria, ahí está la Rusia. Esto se nos dice hace poco tiempo. ¿Y qué ha sucedido? Que el Austria, Nación nobilísima, hoy de primer orden, más todavía que ayer, el Austria, que para ser vencida ha sido necesario que se reúnan una vez, la Francia y la Italia, y para ser vencida otra vez ha sido preciso que se reúnan la Italia y la Prusia: esa Nación, que cuando se ha visto acometida por sus enemigos aliados ha tenido que echar mano de sus magyares y húngaros, que eran antes los revolucionarios, se ha hecho constitucional para restañar sus heridas. La Prusia ha hecho lo mismo para consolidar sus victorias, y la Rusia está haciendo lo posible para entrar por ese camino. Y cuando toda la Europa emprende ese camino, se nos dice: retroceded, sed árabes y volved al desierto. ¡Oh, esto es imposible! Está en el sentimiento general y en el verdadero sentido común el ir donde van todos.

¿Cómo se ha conservado el orden público? ¿Cómo se han sofocado las conspiraciones? De la misma manera, reprimiendo. No quiero recordar los hechos, porque son dolorosos. ¿Pues cuánto mejor es confesarlos, como hace el partido moderado? Y esto consiste en que el partido moderado francamente, públicamente, por conducto de todos los Gobiernos, de todos los oradores, de todos los hombres importantes, ha dicho que él tenía unos principios ecléticos hasta cierto punto ecléticos, unos principios para aplicarlos cuando la sociedad está enferma, y otros principios para aplicarlos cuando la sociedad está sana. Me dirán algunos que esto es muy cómodo, pues esta comodidad la puede tener todo el mundo haciendo un moderado, y esto es la verdad. Si, este partido no lo dice en las tribunas, sino que lo dice a la luz del día y de todas maneras.

Esto decía yo a mis amigos cuando estaban en el poder.

Esto exijo yo al Gobierno. Que consiga y aclimate en España el que es el verdadero y único fundamento de las ideas modernas. Exijo al Gobierno republicano que haga y practique la única conquista de la civilización, que es la igualdad ante la ley; la verdadera reforma de la revolución de 1789.

Los carlistas tienen derecho a ser carlistas, lo mismo que el Sr. Pi y Margall para ser republicano. Y cuando un Gobierno dice que va a respetar todas las opiniones, y la ley únicamente se ha de aplicar a todos los ciudadanos, no hay más recurso que la ley: ó morir, ó reventar; no queda otro recurso. Tanto más, cuanto que se ha visto el ejemplo de un Rey extranjero electivo que dejó la Corona por no sancionar medidas extralimitadas. Es bien seguro que si al general Serrano se le hubiera investido de facultades extraordinarias, aquel Rey se hubiera sostenido en el trono todavía; el general estaría en el poder y vosotros en el retraimiento ó en la emigración.

Vosotros habéis de dejar la república, ó confesar que no se puede gobernar con el principio de igualdad ante la ley, principio que os da vida y ser, verdadero principio civilizatorio en el siglo presente. La única civilización moderna consiste en que las naciones se gobiernan a sí mismas, interviniendo en la confesión de las leyes y en que haya igualdad ante la ley; nada de privilegios, y vosotros habéis de obedecer al tiempo de feudalismo haciendo hoy leyes contra los carlistas; mañana las hareis contra los moderados y en favor de los republicanos, y de este modo otro día con los demás partidos, y de esta manera os quedareis completamente solos siendo los tiranos en la Nación.

Les doy suspensión de garantías es una derrota para la república; pero si es una ley contra los carlistas rebeldes y no contra los republicanos rebeldes, entonces es una ley de razas; entonces la república es el peor de los despotismos. No podéis gobernar con la ley, retirados. Ese es vuestro deber. Imitad al Rey elegido por la revolución. Pero aquí entra la cuestión más trascendental de las que voy a someter a vuestro examen.

Yo quisiera llevar a vuestro ánimo el convencimiento, yo quisiera que así como habéis renegado, que así como habéis sido inconsecuentes en el poder respecto a la aplicación de las nuevas doctrinas puestas de vuestras doctrinas, renegueis por completo, del apellido que lleváis de llamarnos federales. Entonces habríais podido salvar la patria: seríais inconsecuentes, pero no desmembraríais a la Nación; pero os dme cuatro palabras y ver-ís que estáis completamente solos en el mundo, que sois el retroceso, la anarquía y el anacronismo más completo. Oíd el testimonio de la historia y de los historiadores modernos.

Vengamos a la demostración; que es fácil, de que sois retrogradados y de que os colocáis fuera de las condiciones de la civilización moderna; y llamo para este objeto civilización moderna: no sólo la que arranca de la revolución inglesa del siglo XVIII, y más aún de la revolución francesa del siglo XVIII, sino desde el siglo XIV, en que, por efecto de la desmembración que el sistema feudal había introducido en Europa, pensaron los pueblos en reconstruirse en naciones verdaderas. En esta época vamos a la casa de Hapsburgo para consolidar la dignidad imperial en su descendencia y disponer de las fuerzas del imperio germánico; la monarquía inglesa encerrarse en su territorio y formar lo que se llama el Reino Unido; la Francia consigue en tiempo de Luis XI la unión de la Bretaña, de Anjou, la Provenza y una gran parte de la Borgoña; la España, con el matrimonio de Fernando y de Isabel la Católica, y con la conquista de Granada, formar lo que se llama la Nación española.

A partir de esta época, la Europa mantiene constantemente estas dos ideas: primera, la unidad de las Naciones; segunda, el equilibrio europeo; y así es que cada vez que se entreveía la ambición de faltar a uno de estos preceptos, la Europa se unía contra el que quería destruir estos fundamentos de la sociedad, procurando impedir la monarquía universal, que, como dice uno de los más ilustres historiadores de este siglo, que acaba de descender del primer rango de la república vecina, es de todas las formas de despotismo, la peor.

«Obligada a aumentar la energía de su poder en proporción a la extensión de su denominación, se ve forzosamente absoluta; encorvando todos los pueblos bajo el mismo yugo, sofoca su genio natural; por el instinto perverso del despotismo acaba por ser la reunión de todos los vicios, representada por una corte ó loca ó cruel. Y cuando el amo ha depravado suficientemente a sus súbditos, ó los súbditos han depravado al amo, la monarquía universal acaba como Roma, bajo los bárbaros, ó como Constantinopla, bajo el sable de los turcos.»

Así es que en otros tiempos el Austria quiso ensayar la monarquía universal, y por una consecuencia de enlaces se reunió en la cabeza de Carlos V las coronas de Austria, de Iliria, de Hungría, de Bohemia, de los Países Bajos, de España, de Nápoles, y desde entonces se mantuvo la guerra con la Europa entera, y principalmente con la Francia, la cual consiguió después de dos siglos de fatiga el tratado de Westphalia y la paz de los Pirineos.

La Europa, pues, había conseguido la unidad de las Naciones y la destrucción del principio de la monarquía universal. Esta obra consumió la vida de Luis XI, Carlos VIII, Luis XII, Enrique IV, Richelieu y Mazarino. Más adelante la Francia tiene las mismas pretensiones que en otro tiempo había tenido el Austria. Napoleón I sueña también en la monarquía universal, y todas las Naciones se coligan contra la Fran-

cia, porque la Europa continuaba creyendo en la unidad de las Naciones y en el equilibrio europeo; y el gran capitán del siglo fué vencido por aspirar a la dominación universal.

Napoleón hizo el tratado de Campo Formio, por el cual el Austria cedía a la Francia la Bélgica; el tratado de Lunéville, por el cual el Austria reconocía a la Francia por límites el Rin y los Alpes; el tratado de Presburgo, por el cual el Austria cedía a la Francia los antiguos Estados de Venecia; el tratado de París, por el cual la Baviera y Wurtemberg, los electores de Ratisbona y de Baden, los duques de Clever y de Berg, los príncipes de la casa de Nassau, de Hohenzollern, de Salm y de Linchinstein se separaban del cuerpo germánico y formaban la Confederación del Rin bajo la protección de la Francia; el tratado de Tilsit, por el cual Napoleón restituyó a la Prusia varios Ducados, la Pomerania y la nueva Silesia; el tratado de Schönbrunn, por el cual el Austria volvía a ser dividida.

Todas estas glorias acabaron por reconstruir la Europa por los tratados de 1815; es decir, la Europa volvió a la unidad de las Naciones y al equilibrio europeo.

Hemos llegado a los tiempos modernos, a lo que se llama la nueva idea, la novísima civilización; a los tiempos de la libertad, del sufragio universal, de la emancipación de los pueblos. ¿No es así como la llamáis? ¿Y qué sucede en esta época? ¿Cuál es la tendencia de Europa? ¿Cuál es la opinión de Europa? ¿Cuál es vuestra opinión, señores republicanos federales, sobre los acontecimientos políticos y militares que hemos presenciado hace media docena de años, hace dos años? ¿Cuáles son las grandes cuestiones que ha resuelto la Europa con vuestro sentimiento y con vuestra aprobación? Pues esas cuestiones se llaman, pues las bases de la política europea se llaman: la unidad de Italia y la unidad de Alemania; la unidad de Italia desde los Alpes hasta el Adriático; la unidad de Italia llevada adelante por Cavour y por los revolucionarios contra el tratado de Villafranca y el tratado de Zurich, en donde se proponía y se sancionaba la federación italiana, federación que fué causa de que el conde de Cavour renunciara inmediatamente el ministerio, federación que no pudo llevar a efecto Napoleón III con todo su poder, porque todos los revolucionarios italianos se opusieron a él en nombre de la unidad italiana, y si la izquierda francesa; y si en Italia se estableciera la república, a nadie le ocurriría hablar del cantón de Florencia, del cantón de Turín, ni del cantón de Milán, ni del cantón de Venecia. Se tendría por un mero patriota al que pretendiera semejante desatino.

Sois, pues, los únicos en el mundo: vais contra la corriente de Europa: vuestras opiniones son contrarias a la civilización moderna.

Todo esto que refiero me parece evidente de toda evidencia, y no habrá quien me conteste por contradicción ni por error.

No trabajéis en vuestra Constitución, porque será un ciprés más, plantado en el cementerio de nuestras Constituciones. El estado de nuestra Hacienda es malísimo; el Sr. Carvajal no podrá salvarla, por más que yo reconozca su mucho talento; no se podrá pagar el cupon exterior, y el no pagar no traerá tal vez la pérdida de las Baleares, de Canarias, de Filipinas, de cualquiera de nuestras posesiones; porque eso de no pagar el cupon exterior es más grave de lo que creéis, y la Prusia acecha nuestras posesiones asiáticas y buscará un pretexto para arrebatárnoslas.

La habéis visto a donde ha venido a parar el poder. Reyes y Emperadores de los tiempos antiguos y de los tiempos modernos. Los tratados de 1815, el rescoldo que conservaban aquellas cenizas, el recuerdo de ciertas victorias, han ofuscado entendimientos muy claros, y han sido causa de la ruina de Francia. Todo por un recuerdo, sin consultar épocas y épocas, e ades y edades. Si el emperador Napoleón III se hubiera contenido con los límites naturales de la Francia, hubiera muerto en el trono y no hubiera visto la desmembración de la patria.

No os empeñéis vosotros en la temeridad de hacer de España una república federal. No lo habéis de conseguir y os habéis de desacreditar.

En qué país del mundo, en la historia moderna, he citado por cierto época de ayer, encontráis la federación? ¿Qué pueblo es el que quiere construir vosotros? Pues ¿por qué decís que la república federal española es consecuencia de las últimas conquistas de la civilización moderna? Ese es un retroceso, es un sistema vicioso, es una idea que no tiene nada de moderna. Vosotros estáis viendo lo que pasa en las reuniones de los diputados castellanos, a las cuales he tenido el gusto de asistir; de los diputados gallegos y de los diputados andaluces; vosotros sabéis que en esas reuniones los diversos representantes, no sólo quieren que sus respectivas provincias se consideren como caudales esto es, lo que en Italia podría llamarse cantón de Venecia, cantón de Milán, cantón de Turín, etc., sino que quieren establecer un cantón en su provincia. Esta es la aspiración general, y esto es imposible, porque si esto se llevara a cabo, se encendería una guerra civil asoladora, desharíais la nación: de modo que al profesor esas ideas no tenéis siquiera el instinto de la nacionalidad.

Yo comprendo que tengamos fijas en nosotros las miradas de Europa; somos malos vecinos, somos unos vecinos tan malos, que no tiene nada de burlarse que inspiremos a los demás, sean rusos. En cambio, ahí está Portugal: Portugal, contra el que no podemos hacer el menor movimiento, a pesar de ser casi lo que una provincia ó un cantón nuestro, tiene mejor Gobierno, mejor administración y mejor Hacienda que nosotros.

Por el contrario, si vosotros tuvierais una idea verdaderamente aceptable, una idea positiva, la idea de la república unitaria, yo no sé republicano, por que creo que esa idea no puede labrar la felicidad de mi patria, pero esto importa poco a la república, que de ese modo tendríais alguna más vida; de manera que este discurso mío, siendo como es de oposición a vuestras ideas, y sin fallar en nada a mis amigos políticos, a mis correligionarios, ni a mis correligionarios, puede decirse que es un discurso en que doy saludables consejos al partido republicano. Y aun cuando yo espero un eloquentísimo discurso del Sr. Castelar, estoy seguro y veo en la tranquilidad de su conciencia y en la serenidad de su mirada, que está diciendo que tengo razón en lo que estoy diciendo.

Después de estos males, la república tiene que ser inconveniente para vivir, y es que la república obra como si fuera una restauración; y las restauraciones se pierden porque quieren ser reacciones; aquí nadie conoce

Los apóstoles del federalismo han querido plantear en España un sistema político absurdo de por sí y gobernar al país con doctrinas para las cuales no estaba preparado. Por eso la situación persigue un imposible; por eso, en lugar de gobernar, los republicanos han llevado a todas las esferas de la vida pública la confusión y el desorden, y no pueden constituir un Gobierno que tenga el tiempo necesario para ensayar sus procedimientos.

Se ocupó luego en hacer la breve historia de la república española refiriendo cómo vino al mundo por una casualidad, merced a la dejación que hizo D. Amadeo de una corona demasiado pesada para su frente, y gracias a la desunión de los partidos monárquicos, que es la única fuerza que sostiene a la situación republicana. Hizo una nueva demostración de la iniquidad política que se cometió al disolver la comisión permanente, único lazo de aparente legalidad que unía a la república con el país, y pasó luego a hacer ver a los federales que no por el espíritu de oposición combaten sus doctrinas y su Gobierno los monárquicos españoles, pues tan desahucados están esas ideas y tan menospreciado ese gobierno, que la Europa entera lo mira con desdeno, lo juzga con inusitada severidad, y se ha negado a reconocerlo, siendo así que no ha habido usurpación, violencia ni golpe de fuerza en los tiempos modernos que la Europa no haya sancionado con su reconocimiento.

En efecto, las opiniones hoy predominantes en Europa llevan a todos los pueblos a constituir grandes nacionalidades, y los federales de España, queriendo luchar contra la corriente, se proponen muy al contrario desmembrar una nacionalidad. En ese concepto, el federalismo de nuestros modernos republicanos, es un anacronismo, y es un retroceso como lo probó el Sr. Esteban Collantes con la historia en la mano, al demostrar que desde el siglo XV viene trabajando constantemente la república europea por reconstruir las nacionalidades y agrupar los miembros dispersos de los pueblos.

Triste pintura, pero exacta por desgracia, fué la que hizo el orador al retratar a la situación con todas sus deformidades, sus abusos, sus contradicciones, su anárquico desorden y el lamentable estado a que ha traído a la Nación que hoy no tiene Hacienda, ni ejército, ni paz, ni derecho que sea respetado, ni autoridad que sea obedecida. Y tal es el desagrado que esto inspira al país, que el Sr. Collantes cree, y cree muy bien, que el día en que los partidos conservadores se unan, aquel día caerán sin remedio los republicanos.

«No trabajéis en vuestra Constitución, les decía después, porque será un ciprés más, plantado en el cementerio de nuestros compromisos».

Mucha elocuencia y mucha habilidad tiene el Sr. Castelar, pero todos sus grandes recursos oratorios han de venirle cortos, si ha de desvanecer siquiera sea aparentemente los terribles cargos que contra la república naciente ha fulminado el Sr. Esteban Collantes.

La Epoca.

«Mémos general el discurso del Sr. Esteban Collantes en la sesión de ayer, una buena porción del mismo tuvo carácter personal, como que el orador procuró explicar su presencia en las actuales Cortes, en representación del distrito de Saldaña: «que cultivaba como un jardín» y hacer la defensa de la comisión permanente de la Asamblea nacional disuelta en 23 de Abril, y de la que el Sr. Collantes era miembro. Además de estas cuestiones, el Sr. Esteban Collantes trató las de retraimiento de los partidos; y con gran exactitud y vigor la del aislamiento en que la república española se halla dentro de Europa y la demostración de que este régimen, más bien que un adelanto, es un retroceso, y un imposible que no realicen los que le intentan unir y los gobiernos que lo sostienen».

En todo este discurso, bien acogido y escuchado con gran atención por la Cámara, a pesar de la sentencia de muerte contra el régimen federal que contenía, el Sr. Collantes demostró las dotes de facilidad, sagacidad y conocimiento del terreno en que maniobra que siempre le han distinguido; teniendo además el primero para nosotros la circunstancia propicia de plantearse en él como la mejor solución para el triste estado que España atraviesa la monarquía de don Alfonso XII; pero las dos partes del propio discurso, a nuestro juicio, más atención merecen, porque no tienen carácter personal ni es su objeto vindicar el pasado, ora de un partido, ora de la comisión de una Asamblea de funesta memoria son, como dijimos, aquellas en que el orador probó con argumentos indestructibles que el Gobierno actual vive en el más completo aislamiento, porque no ha sido reconocido por ninguna potencia de Europa, excepto la Suiza, siendo así que a los días han reconocido los gobiernos de todos los hechos consumados y los gobiernos de hecho, empezando por Francia y concluyendo por Inglaterra; y la parte todavía más importante y más vigorosamente expuesta que la anterior, en que el orador moderado combatió la organización federal que se pretende implantar en España. En este lugar trazó con acierto el Sr. Collantes la historia del principio de las nacionalidades, que al predominio de la individualidad, propio de la Edad media, sustituyen en toda Europa en el siglo XV, el de los intereses colectivos, al amparo de fuertes monarquías, cuya otra subsiste aún; que ha resistido a larga serie de revoluciones, y que resistirá a la presente en España, porque el mundo contemporáneo no tiende a la diversificación, sino a la unidad, como lo están demostrando las nacionalidades italiana y germana, realizadas en nuestros días y constituidas bajo sólidas bases al amparo de la monarquía parlamentaria. Esta parte del discurso del Sr. Esteban Collantes recuerda otro de M. Thiers, los cuales si la Francia hubiera atendido, se hubiese evitado inmensas catástrofes. «¡Ojalá que tan saludables y luminosas advertencias lleguen aquí a tiempo!»

Solealmente tenemos que objetar al discurso que analizamos, que no es posible que el Sr. Collantes, que tan bien ha analizado el movimiento político contemporáneo de la Europa, se crea todavía en 1845, «Pero no necesitaba el Sr. Esteban Collantes de esa comparación para que su discurso fuese apreciado y escuchado con deferente atención por la Cámara. Excusado es que hablémos de las condiciones oratorias del Sr. Esteban Collantes, bien conocidas ya en los treinta años que lleva de vida parlamentaria. Levantando la bandera de la Constitución, el cual y a los colaterales del alfonismo (aunque el Sr. Romero Robledo), dirigió algunos consejos, el Sr. Esteban Collantes habló mucho para el partido federal, algo para los partidos medios, y ó mucho nos equivocamos, ó algo se dirigía también a los borbonistas de la corte de la condesa de Tolentino».

Defendió el Sr. Esteban Collantes a la comisión permanente de la Asamblea nacional, hizo la historia de sus sesiones, sostuvo que la comisión permanente había estado en su perfecto derecho al pedir que el Gobierno en pleno acudiese a la sesión del día 23 de Abril, y añadió: «si la comisión sin preceder al Gobierno, como podía haberlo hecho, hubiese convocado el día 20 ó 21 a la Asamblea, no estaríamos en esos bancos».

Consiguieron que el Sr. Esteban Collantes, declarándose reconocido a la deferencia que la mayoría de la Asamblea había tenido con él, nombrándole individuo de la comisión, declaró que aceptaba toda la responsabilidad de esta. Declaración noble y digna. Empezando luego el Sr. Esteban Collantes con la federal, dijo a la Cámara que el federalismo era un retroceso, y dió una curiosa y placentera historia de que no debieron ser inútiles para muchos de los federales que las oían y que no debían estar fuertes en esa materia. Apuntó brevemente la tendencia de todas las naciones a escuchar la unidad, y podía haber añadido el movimiento cada vez más acentuado que se produce en Suiza para la revisión de la Constitución.

Verdad es que entonces habría tenido el orador que extenderse algo más para hacer comprender a muchos de los federales la significación unitaria de ese movimiento; porque es dudoso que muchos de los federales, con tanto hablar de federalismo, estén muy al corriente de lo que es la Constitución suiza, y lo que es la nueva Constitución ó proyecto que allí llegará a ser aprobado.

El discurso del Sr. Esteban Collantes fué, ya lo hemos dicho, escuchado con deferente atención por la Cámara, a pesar de sus declaraciones alfonistas, ó acaso por la misma valentía con que las expuso, y con que en nombre de los principios del partido moderado acedia a la federal.

Engañado como está el Sr. Esteban Collantes en creer que la causa borbonica puede ser una solución

en España, la Cámara apreciaba la franqueza y lisura con que el orador alfonista exponía sus opiniones y mantenía su bandera política. Buena lección para el Sr. Romero Robledo, sin que esto sea hacer al señor Esteban Collantes el disfavor de entablar comparaciones.

El Pueblo.

«El gran debate político abierto en la Asamblea Constituyente se eleva por momentos. El viernes terminó su discurso el Sr. Romero Robledo, y pronunció el Sr. Esteban Collantes. El día del señor Romero Robledo ha sido una súplica contra los radicales. El día del Sr. Esteban Collantes ha sido el proceso de la federal. Bajo este concepto, el segundo discurso ha sido el más hábil, el más político y el más intencionado. Digamos también que el más elocuente. El Sr. Romero Robledo se ha ensañado con los cadáveres, lo cual tras de ser poco noble, es de mal gusto. Pero el Sr. Esteban Collantes se ha ensañado con los hombres del poder, lo cual supone algún valor, pues si son débiles, no es la culpa del que los ataca. Graves cargos, gravísimas acusaciones hizo el viernes el Sr. Esteban Collantes en su elocuente oración a las ideas federales. Demostró con abundancia de citas históricas, la tendencia constante que hacía la unidad ha manifestado Europa desde el siglo XV. Expuso el tristísimo papel que representamos ante las Potencias, que no quieren reconocer esta anarquía republicana, cuando han reconocido infinidad de repúblicas y tiranías. Defendió la legalidad de todos los actos de la comisión permanente de que él formaba parte, y procuró demostrar que el primer paso de la república fué un golpe de Estado y un atropello de la ley. Habló también, como no de sus aficiones secretas, de su idolatría a un príncipe inerte, de su querida restauración. La Cámara lo escuchó todo con benevolencia, porque no es posible escuchar de otra manera los discursos del Sr. Esteban Collantes. Tienen tal sabor político, tal movilidad, tal gracia, se hacen tan simpáticos aquellos movimientos naturales y aquellas ocurrencias como improvisadas, cautiva de tal modo aquella erudición nada pesada y hasta aquel descuido retórico, mérito principal de su oratoria, que no es posible la fatiga ni el disgusto para los oyentes del orador alfonista. Intención, amenidad, franqueza: en eso estriba el efecto que produce y la atracción que causa. Duros dardos lanzó contra la federal, aunque no nuevos. Ha habido mucho tiempo que argumentando contra esos desorganizadores del país que quieren atacar a la unidad de la patria y a la integridad del territorio, hemos dicho nosotros más que dijo ayer el Sr. Esteban Collantes. No hay más que una diferencia. De las premisas que todos reconocen verdaderas, deduce el Sr. Esteban Collantes la necesidad de la restauración, y nosotros deducimos la necesidad de una república democrática que asegure el orden, la unidad de la patria, la fuerza del ejército, el respeto a la propiedad y el poder de la ley y la justicia. La restauración sería el triunfo de un partido, pero la república que nosotros defendemos sería, y será, si tenemos juicio, patriotismo y buena voluntad, la reunión de todos los españoles, como que será la unión del orden y la libertad. Algo de esto confesó el Sr. Collantes, pues que reconoció que una república unitaria y reformadora viviría más tiempo que la federal. Pero añádele que la república unitaria y reformadora no es el lugar de contestación, porque el debate iniciado en la Asamblea ha de llegar pronto a su punto culminante, y allí encontrará quien le conteste y quien acuso la convenza. Grandes oradores han de tomar parte aún en esa amplia y levantada discusión. Quizás hoy mismo pueda el Sr. García Ruiz, nuestro querido director, demostrar ante el país su no desmentida consecuencia, porque no tiene que ir a cometer errores, ni a enmendar su política, ni a pedir títulos de patriotismo, sino a decir lo que siempre ha dicho y lo que felizmente va saliendo cierto por confesión de los mismos federales».

El Correo de las Antillas.

«Tocó su vez al Sr. Esteban Collantes, y un religioso silencio preparó el espacio para que su voz resonase entre, sonora y como siempre ingenua, elocuente y digna. El Sr. Collantes, que de continuo cautiva a su auditorio, porque su natural oratoria es amena, dulce y persuasiva, y sobre todo, perfectamente lógica, comenzó imprimiéndole un método tan sencilla como claro y hábil. Dirigiéndose primero al conjunto de todas las opiniones, que sólo puede sintetizar la prensa periódica, dió contestación cumplida a los diferentes argumentos sobre el importante asunto del retraimiento de los partidos conservadores en la última lucha de los comicios. Era sólido y muy seguro el terreno que pisaba el orador, y por tanto, puede envenenarse de haber circulado un tiempo de doctrina que en buena lid no admite refutación».

Hizo a seguida una puntual historia de la comisión permanente de la Asamblea, defendió sus actos, y de ellos dedujo con pormenor lógica los profundos vicios de nulidad con que se hizo paso el advenimiento de la república, a la cual también consideró del modo más desolador con relación a las opiniones de los Estados europeos. Su exposición sobre el estado general del país; el examen referente a las medidas extraordinarias y falsamiento del principio de igualdad ante la ley, de que sólo ha sido pródigo con el pueblo español el poder ejecutivo, fueron puntos tocados por el Sr. Collantes, que aun sin inflamar los conceptos ni usar la hiperbole necesaria para los efectos de estos negros cuadros, erizaba el cabello de cuantos le escuchaban. Por último, emprendió una minuciosa excursión por el campo de la filosofía, y probó el Sr. Collantes que el que en el discurso de su oración no hizo otros de moderado, que la república federal es sólo contra la civilización moderna, y que si que también un retroceso, si no un imposible, dentro de esta clásica e hidalga tierra española. La Asamblea oyó este discurso atenta, y en algunos pasajes complacida.

«A tanto alcanza la voz del patriótico ilustre, prudente, generoso y sabio, cuando lo inspira el consejo de la verdad y de la justicia».

El Pensamiento Español.

«Después de algunas insustancialidades del señor Pascual y Casas, se levantó el Sr. Esteban Collantes a pronunciar su discurso. El orador alfonista empezó su discurso declarando, que a semejanza de lo que había hecho en las anteriores legislaturas, venía al Parlamento a sostener sus ideas, pero sin reconocer más legalidad que la Constitución del año 45, y por ende la de la Reina Isabel: esto último, aunque no lo dijo, lo presumimos nosotros, dada la situación en que con respecto a su partido se halla colocado el antiguo ministro moderado».

Continuó este demostrando con gran copia de datos, lo imposible que es establecer en España la república federal, idea absurda y disparatada, copiada de algunos libros más disparatados aún, y en un todo contrario al espíritu y al movimiento europeo. Como individuo de la comisión permanente, se refirió lo ocurrido en ella, para deducir que sólo en virtud de la fuerza pudo el Gobierno disolverse y quedar desmembrado de los obstáculos que le oponía la representación de la Asamblea.

Extendióse después en recordar que la política de Europa consistía en reconocer todos los Gobiernos de hecho, sin tener en cuenta la manera que habían tenido de constituirse, citando como ejemplo la sanción que había tenido el despojo de la Santa Sede, el cual calificó el Sr. Collantes de la más grande iniquidad que se había jamás cometido, deduciendo de aquí que muy malo debía ser el estado de nuestra patria, cuando esta Europa, ya tan poco escrupulosa, no se ha dignado reconocerlos.

Con este motivo recordó que sólo dos repúblicas habían salido a la española; la de los Estados Unidos por subyugación y la de Suiza por degeneración de ideas, comenzando un acto de villanía, de arbitrariedad y de barbarie (son palabras del Sr. Collantes), expulsando de su territorio a la señora duquesa de Madrid, que no tenía recursos para reclutar suizos que viniesen a defender las pretensiones de su esposo a la corona de España. No comprendemos, y lo decimos con franqueza, la posición del Sr. Esteban Collantes; en el seno de su partido podrá tener simpatías, no lo dudamos, pero está entre la gente honrada que, retirada en su hogar, llora los males de la patria sin querer transigir (no nada de lo que desde 1 año 68 han hecho los revolucionarios, pero con esta gente, ya lo sabe el Sr. Collantes, no se va a ninguna parte; muy honrados, muy buenos y muy piadosos dejarán que se hunda religión, patria, sociedad y familia, sin dar un

solo aso para salvar tan caros objetos, conociendo muchos de ellos dónde está la verdad, pero sin querer confesar por respetos humanos, que son un crimen en el estado en que España se encuentra».

El resto del partido moderado rechea al Sr. Collantes, porque ve en él un obstáculo a sus proyectos, los cuales no tienen más fin ni más objeto, que alcanzar el poder de cualquier manera, echándose ayer un Montpensier, hoy un Serrano y mañana el mero de Maza, si es que este, dispone de algunas palabras que puedan en un momento determinado colocar a D. Alfonso en el trono de España.

Esta situación del Sr. Collantes nada le produce, como no sean disgustos; en cambio roba a la verdad y a la patria a multitud de inteligencias, que creen posible lo que no puede suceder, y es conciliar el bien de España con el Príncipe Alfonso, que, contra su voluntad quizá, representa el principio revolucionario».

La Esperanza.

«Tenemos que empezar la reseña de la sesión que celebró ayer la Asamblea, por donde debieramos concluir. El discurso del Sr. Esteban Collantes será un verdadero acontecimiento en las Cortes Constituyentes de 1873; será lo único que de ellas quedará por ahora, sino como un discurso político, que para esto le falta mucho, como un discurso eminentemente literario, y de un ilustrado pensador. ¡Qué hábil, qué fino, qué delicado estuvo el Sr. Esteban Collantes en el exordio, al decir que en todo reglamento parlamentario había siempre un artículo escondido que decía lo siguiente: «Todo diputado hablará de lo que quiera y el tiempo que quiera, siempre que la Cámara le escuche». ¡Qué pensamiento poético y tan verdadero, que no desdenaría el mejor de los ilustres, es este que encontramos en su discurso: «No trabajéis en vuestra Constitución, porque que será un ciprés más plantado en el cementerio de nuestras Constituciones». Como estas bellezas, tiene otras varias el discurso del Sr. Esteban Collantes: contados serán los que puedan apreciarlas en las actuales Constituyentes».

Opportunísimo estuvo al defensor del cargo de haber acudido a los comicios, contra lo que al parecer le importaba, como un capricho calificado el acuerdo de esto, cuando fue una necesidad, y dijo: «Caprichos en esta época, en que no pueden tenerlos ni los reyes». «Aquí, dijo también, se ha llegado a un tiempo tan miserable, que no cabe más que ser ministro ó conspirador». ¡Es verdad!

Con elocuencia y lógica defendió el Sr. Esteban Collantes a la comisión permanente de la Asamblea.

Esta era empresa fácil a su talento. Pero no ha estado tan feliz en combatir el federalismo por fines que quizá no haya llegado todavía el tiempo de descubrir.

No es el federalismo la tendencia de Europa, dice el Sr. Esteban Collantes, no es así como entendemos de la sociedad moderna el progreso; hoy por todas partes se crean grandes nacionalidades, y es un contrasentido el fracccionarnos. «Pero el mismo Sr. Esteban Collantes dice elocuentemente: En todos los pueblos de Europa ha dominado la revolución; ha dominado el derecho de la fuerza; ha dominado la arbitrariedad; han prevalecido los Gobiernos de hecho contra los Gobiernos de derecho». «No es, pues, de gran peso la razón que opone el Sr. Esteban Collantes a los federales. El quiere armarlos de la fuerza, cuando ellos creen que esa es la que hay que repeler, y que no debe prevalecer más que el derecho, como le ven en sus utopías».

Aquí daríamos fin a nuestra reseña, porque todo lo demás de la sesión vale muy poco, si no tuviéramos que ocuparnos de un incidente que honra sobremanera al Sr. Esteban Collantes. Hablando en su discurso de la república en general, dijo lo siguiente: «La república suiza cometió un acto de villanía, de arbitrariedad y de barbarie, expulsando de su territorio a la señora duquesa de Madrid, que aunque hubiera querido no hubiera podido en Suiza proteger la causa de su esposo, porque la falda dinero; que con dinero hubiera encontrado suizos que se hubieran alistado en la causa carlista, y que si hubieran servido como sirven los suizos».

El señor ministro de Estado se hizo cargo de estas frases, riéndose en la palabra villanía. El Sr. Esteban Collantes le interrumpió diciendo «que retiraba la palabra villanía por ser de mal gusto, pero que mantenía la idea». Luego al contestar al ministro de Estado dijo: «Ya he dicho que no mantenía la palabra villanía; pero que mantenía la idea, porque Suiza, esa Nación que admite en su seno todos los revoluciones del mundo, ha lanzado a una señora que no podía hacer ningún daño».

El Sr. Esteban Collantes sabe bien que los diputados carlistas harían lo propio, si se sentaran en los bancos del Congreso, y a cualquiera de los individuos de la familia de Doña Isabel le hubiera sucedido lo que pasó a nuestra Reina. En la memoria de todos está la energía con que se levantaron a protestar contra los insultos brutales que un ministro, prebendado de irresponsabilidad, dirigió en las Cortes Constituyentes a dicha señora y a su augusta madre. A pesar de todo, damos las gracias al Sr. Esteban Collantes por ese acto de caballerosidad a que nos tienen poco acostumbrados sus amigos».

La Regeneración.

«Ayer terminó su intervención el Sr. Romero Robledo, y el Sr. Castelar, en la esperanza de que hablarían también los Sres. Esteban Collantes, García Ruiz y otros oradores, pues ahora empieza el juicio de la república, oración que tuvo un discurso largo».

Entonces tomó la palabra el Sr. Esteban Collantes, y pronunció uno de los mejores discursos que le hemos oído.

«Los puntos que desarrolló, los clasificó El Eco de España en esta forma: 1.ª Contestación a los argumentos hechos por la prensa en la cuestión de retraimiento. 2.ª Advenimiento de la república: historia de la comisión permanente y defensa detenida de sus actos. 3.ª Consideraciones sobre la opinión de Europa con relación a la república federal. 4.ª Exposición del estado general del país. 5.ª Examen de las modales y especulaciones: falsamiento del principio de igualdad ante la ley. 6.ª La república federal es contraria a la civilización moderna; es un retroceso, y es de todo punto imposible».

Tenemos que dar las gracias al orador alfonista por haber reconocido la importancia de la insurrección carlista, y por haber declarado que la república suiza cometió un acto de villanía, de arbitrariedad y de barbarie expulsando de su territorio a la señora duquesa de Madrid.

Por lo demás, el Sr. Esteban Collantes habló en sentido liberal moderado-alfonista, defendiendo la Constitución de 1845; y estuvo sobremanera elocuente al demostrar que los propósitos de los federales, sobre tener en contra suya las corrientes de toda Europa, son retrógrados, y están fuera de las condiciones de la civilización moderna; no ya de lo que se hace partir de la revolución francesa del siglo XVIII, ni de la inglesa del XVII, sino de la que arranca del siglo XV, en que España se separa de la fusión que en la misma feudalidad había introducido en Europa, pensaron los pueblos en reconstituirse en naciones verdaderas».

La República Democrática.

«Como antayer al Sr. Abazurza, tocó ayer al Sr. Esteban Collantes dar movimiento, importancia y carácter a las discusiones de la Asamblea Constituyente, hasta ahora frías y enfadadas y ridículas».

Con estilo llano, natural y simpático, con esa dialéctica tan sencilla y clara como su estilo, pero grandemente vigorosa que le distingue, el Sr. Esteban Collantes hizo escuchar atentamente a la Cámara federal las tristes verdades de la situación, demostrando que esta república es un atentado, es una nublada y un retroceso para España.

La tarea era extremadamente fácil, y no necesitaba por cierto del talento notable del diputado alfonista: la inteligencia más vulgar basta para acometerla con éxito; pero dicho sea en honor de la verdad, el Sr. Esteban Collantes supo adornarla con salientes colores, y vestirla con gran riqueza de pruebas y datos de todo género.

Salíó en primer lugar dignamente a la defensa de antigua Asamblea, cuya legalidad perfecta no puede negarse sin negar también la legitimidad de origen de la república, y volvió por los hollados fueros de la comisión permanente, cuyo derecho a convocar las Cortes, como lo intentó, estaba sancionado y promulgado por una ley en forma.

Pero la parte hoy más oportuna del discurso del

Sr. Esteban Collantes, fué aquella en que demostró que el federalismo no sólo es un absurdo, no sólo no es un progreso, sino es un retroceso al feudalismo.

Nuestros federales ven las cosas precisamente al contrario de lo que son, invierten los términos del problema y hasta el sentido de las palabras. Ellos se han dicho sin duda: las dos federaciones de Europa y América, la helvética y la anglo-americana son felices; luego dividámonos y seremos felices. Pero pensando así, desconocen el origen y la organización de esas federaciones que cabalmente nacieron al calor de la idea unificadora, y se organizaron de fuera adentro, esto es, concentrando, uniéndolo que estaba desmenuado para formar un sólo cuerpo.

El nuevo federalismo quiere, por el contrario, organizar la federación de dentro afuera, disgregando, desmenuando lo que ya está unido, y se llaman a sí mismos, imitadores de la política suiza y americana pluribus unum, con que los Estados Unidos les enseñan el origen de su organización y el secreto de su fuerza y su felicidad».

Las corrientes modernas tienden, por otra parte a la unidad de las razas y a la creación de nacionalidades homogéneas.

Así lo ha hecho el espíritu práctico alemán, y así lo hizo el liberalismo italiano, con el aplauso y la simpatía de los antiguos demócratas españoles, hoy federales, y del mismo Sr. Castelar, menos aficionado entonces que ahora a la división de las razas, y más convencido de las ventajas de la centralización nacional.

Pero la forma novísima del progreso federal se aparta de la historia y causa de las federaciones, desdén las modernas tendencias europeas y vuelve a las venturas del feudalismo, porque indudablemente estaremos mejor que con un poder central que con nuestros antiguos reinos separados, que libremente se hagan guerra entre sí, y nuestros antiguos señores de pendón y caldera que levanten mesnada y la lleven, ni más ni menos que el ciudadano Carvajal lleva la suya, a conquistar villas y ciudades, de Málaga a Córdoba, y de Córdoba a Sevilla por todos los reinos de Andalucía. No alcanzan a menos el progreso y las venturas de la federal».

Y respecto a las ventajas conseguidas en el exterior del Estado, el Sr. Esteban Collantes, que ponía y con razón, nuestra importancia por bajo de los últimos principados europeos.

Y si la situación actual no es la de legitimidad, no es el progreso, es la ruina del prestigio del crédito, de la Hacienda, del orden y de la libertad misma, ¿qué es la república presente? Lo dijo el Sr. Esteban Collantes: un hecho que subsiste, no con sus fuerzas propias, sino por la desunión de los españoles».

La Iberia.

«El discurso que pronunció el viernes el Sr. Esteban Collantes en el Congreso fué, como todos los del distinguido orador, un verdadero acontecimiento, una agradable cartería, notable por el talento práctico, la intención y el graciado».

No es el Sr. Collantes un orador tribunicio ni pretende serlo; pero cuantas veces habla, especialmente cuando lo hace ocupándose de un asunto que no versa exclusivamente sobre su partido, se hace escuchar con gusto, y es tal su talento y experiencia parlamentaria, que a no estar prevenido el ánimo del oyente, le obliga a convenir con sus conclusiones».

Su discurso del viernes es quizá el más importante de cuantos haya pronunciado; su opinión sobre el partido republicano, su defensa de la comisión permanente y el juicio que formó de la Cámara, deben leerse con atención y reflexionarse detenidamente, porque, como dijo en el exordio, y dijo bien, no envenenó, pero sondeó la laga, averiguó su profundidad y anunció sus fatales resultados. Cuando de la situación nos ocupamos en general, aprovechamos algunas de las luminosas ideas del Sr. Collantes; hoy, consideraciones muy atenciones, nos impiden decir cuanto sobre sus palabras se nos ocurre».

La Igualdad.

«Pero el acontecimiento de la sesión de ayer fué el discurso del Sr. Esteban Collantes, que elevó a gran altura el debate ya enaltecido por el discurso que en la sesión anterior pronunció nuestro distinguido amigo Abazurza».

Grande es la distancia que nos separa del Sr. Esteban Collantes; nada puede haber de común en el terreno de la política entre el ministro del año 54, genuino representante del escepticismo y espíritu volteriano del partido moderado, y los que anhela el reinado del pueblo, el establecimiento de la justicia y el poder para plantear las ideas democráticas en toda su pureza y las reformas revolucionarias con toda su trascendencia; pero no dejáremos de reconocer en el Sr. Esteban Collantes gran talento, digna consecuencia, acrisolada lealtad, y estas cosas, que a veces, si no nacen contra la verdad, baluarte contra la deserción».

El Sr. Esteban Collantes, hablando en las Cortes, es la condenación más solemne que puede hacerse del retraimiento de los conservadores; pues prueba que el que ha tenido simpatías en los distritos ha encontrado libertad en los comicios, que el que razona y discute es escuchado con atención por la Cámara, que así como desprecia a un Pereira, que va a hacer faja por la pasión y del despocho, escucha, sabe tener atención y tolerancia con el diputado de oposición, cuando, como el Sr. Esteban Collantes, va a manifestar con dignidad y templanza sus ideas y sus pensamientos».

El antiguo ministro moderado atacó implacablemente a la república, y sobre todo a la federación, que para él es el retroceso y la división de la patria; como si el hombre gozando de todos sus derechos, y el municipio autónomo dentro de la provincia; y la provincia libre dentro del Estado, pudiera compararse con el feudalismo; como si todos los pueblos unidos bajo una misma bandera en un solo Estado pudieran ser la desmembración del territorio. Puede pensar lo que quiera el Sr. Esteban Collantes; pero ya verá, y nos parece que no en tiempo muy distante, como vamos realizando todo nuestro credo, sin que sucedan las catástrofes que S. S. teme, y cómo se hace feliz a una Nación y grande a un pueblo concluyendo con el doctrinismo a que el ministro de Doña Isabel está tan apagado».

La Discusión.

«El Sr. Esteban Collantes pronunció un discurso como suyo. No hay otro orador en España que tenga tanta originalidad, no precisamente en las ideas, sino en la forma».

Pensamos ocuparnos mañana de un punto determinado de su discurso; hoy nos falta espacio.

Debemos, sin embargo, notar aquí algunas afirmaciones del Sr. Esteban Collantes, que nos parecen soberanamente falsas. Dijo que el partido moderado se distingue de los demás partidos en que tiene dos políticas, una para la guerra y otra para la paz. Añadió que los Gobiernos moderados en tiempos de guerra no molestaban en lo más mínimo al ciudadano, porque para esto se necesitaba ser un Nerón.

Esta era la política de los moderados en tiempo de paz como en tiempo de guerra; sólo que cuando algún pequeño motín atentaba contra aquellos legítimos poderes, la tiranía se exacerbaba y la violencia no conocía límites. En fin, ¿qué tales serían aquellas situaciones cuando el mismo Sr. Esteban Collantes confiesa que él era entonces uno de los más avanzados? Es un error, es una vulgaridad, diríamos si no se tratara de un ministro de Estado. El Sr. Esteban Collantes, que no es vulgar en nada, decía que el partido moderado se distingue por tener una política en tiempos de guerra y otra en tiempos de paz. ¿Pues qué partido procede de la misma manera cuando triena el cañón que cuando la paz espere sus bienes por el país?

Otra afirmación errónea. La mayor conquista de la revolución ha sido la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley. No Sr. Esteban Collantes; esa no es la mayor conquista de la revolución moderna; porque no es una cuestión fundamental. Lo fundamental es que la ley refleje y reproduzca la justicia, y entonces es claro que todos deberemos ser iguales ante la justicia. Pero la ley es injusta si la ley, por ejemplo, establece la tiranía, si la ley establece la esclavitud, ¿de qué nos servirá ser iguales ante ella?

La Gaceta Popular.

«No así el Sr. Esteban Collantes, aludido por el representante conservador revolucionario. El ilustre mantenedor del alfonismo estuvo a la altura de su gran reputación en esa Cámara donde tan menudito brilla el fuego de la elocuencia, donde pocos

consiguen arrancar algún indicio de la satisfacción de sus correligionarios aun en cuestiones de vitalidad para las ideas federales».

Y el elocuente diputado obtuvo, no obstante esa victoria sobre la prevención de sus oyentes: nada más puede decirse en elogio de su discurso».

El Sr. Esteban Collantes se ocupó extensamente del retraimiento, que en su creencia, significaba conspiración constante; combatió el federalismo con razones de gran peso y autoridad, juzgándolo impracticable en España y de sobra desamparado el día en que se unan los partidos monárquicos».

Defendió como legalidad única la comisión permanente, explicando todo lo ocurrido en su seno el día 23 de Abril, fecha memorable para el radicalismo; expresó la opinión nada favorable de las naciones importantes sobre el estado general del país, para negar que se hubiese hecho siquiera una reforma considerable».

Ocupóse también del ejército y de la ley de suspensión de garantías, combatiendo la compatibilidad de esta medida con la pureza de los principios republicanos; é hizo brillantísimas consideraciones históricas y críticas para demostrar que la federación era un anacronismo».

La Independencia Española.

«UN BUEN ATAQUE».

Hasta ahora en la actual Asamblea no se ha discutido nada serio, ni las doctrinas federales que el Gobierno profesa han sido puestas en tela de juicio por nadie. Sólo luchas personales, escándalos y crisis ha presenciado la Cámara Constituyente desde el día en que se verificó su apertura».

El Sr. Esteban Collantes planteó ayer una discusión verdaderamente política, y de la que, según todas las probabilidades, no han de sacar los republicanos la mejor parte».

El Sr. Esteban Collantes, cuya agradable palabra le hace ser escuchado con interés hasta por sus más encarnizados enemigos, pronunció ayer uno de sus mejores discursos, y tal vez el que más profundas observaciones encierra de cuantos han salido de sus labios de cuatro años a esta parte».

Mucho fruto pudieran y deberían sacar los republicanos de la peroración del Sr. Collantes, y el solo hecho de ver a un ex-ministro moderado, tachándole de retrógrado por sus propósitos de federación y predicando la igualdad ante la ley, hoy tan desconocida por los que antes tenían siempre esa palabra en los labios; este solo hecho, decimos, sería bastante para hacerlos meditar un tanto sobre la revolución que en la manera de ser de nuestra patria quieren llevar a cabo, reflexionando sobre los contraproducentes efectos que sus avanzadas teorías están dando. El Gobierno actual ha faltado ostensiblemente a todos sus principios, y sólo conserva cierto amor al apellido con que los republicanos se adornan en 1868».

El principio de igualdad está pisoteado por los ministros que lo predicaban. El Gobierno, por boca del ministro de Ultramar, ha confesado que no su suspensión de garantías sólo se entendía contra los carlistas; de modo que los individuos de este partido, ó no son hombres, ó los derechos individuales sólo rozan con los republicanos».

El Gobierno no ha realizado en cuatro meses ninguna de las reformas prometidas; ningún ministro ha hecho nada en su respectivo departamento, y muchos, incluso los republicanos, están satisfechos con la república».

El Sr. Collantes en este punto estuvo enérgico y elocuente, lo mismo que al examinar los distintos países de Europa y la tendencia a la unidad de todos ellos demostró con sobra de argumentos que la federación es el retroceso, y que no sólo es contraria al espíritu de la época, sino que en España será de todo punto imposible».

La Cámara toda federal, compuesta de diputados federales en su mayor parte por su sistema; la Cámara federal, que con tanta frecuencia interrumpe a los que la hacen or palabras que no son de su agrado, escuchó silenciosa, muda, esta parte del discurso del Sr. Collantes; a pesar de que hería en el punto más sagrado de las doctrinas de los republicanos. Esto tiene su explicación natural aparte de la agradable forma que el Sr. Collantes da a sus discursos. Los diputados venidos de las provincias, poco acostumbrados a las luchas de la discusión, son federales, porque la palabra federal ha sonado bien al oído, igual que a la mayoría de los republicanos españoles. No conocen la federación más que por las explicaciones que han oído en los clubs de sus respectivas provincias, y si alguno ha logrado hacer estudio sobre este punto, ha sido para deducir que su pueblo respectivo sería soberano, y el su amo, una vez proclamada la federal. A ver la mayoría de estos diputados se oyó llamar reaccionario por ser federal; ayer escucharon argumentos razonados en contra de su sistema